

# EL CIRUELO DE YUAN PEI FU

Regino Pedroso



Regino Pedroso (Unión de Reyes, 1896-La Habana, 1983), mestizo de negro y chino, era un ejemplo del «cóctel de razas» –Nicolás Guillén dixit– que es Cuba. Este hombre, que apenas asistió a la escuela y que desde muy joven trabajó en la agricultura y en talleres de mecánica, cuando tiene poco más de veinte años irrumpe en la literatura con un rosario de sonetos exquisitos, sensuales y perfectos que titula *La ruta de Bagdad*. Y será este nefelibata de manos callosas quien en 1927 marque el inicio en Cuba de la poesía social de temática obrera con un poema vanguardista titulado «Salutación fraterna al taller mecánico», que, curiosamente, se publica en el *Diario de la Marina*, el periódico de la plutocracia nacional, el más conservador de la isla.

En 1933, cuando la dictadura de Gerardo Machado estaba a punto



# PALIMPSESTO

Colección de Poesía

**Dirección:**

Francisco José Cruz

**Secretaria de Dirección:**

Rosario Acal

**Diseño:**

Carmen Herrera Romero

**Edita:**

Excmo. Ayuntamiento de Carmona

Delegación de Cultura

**Redacción:**

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18

41410 - CARMONA (Sevilla)

E-mail: francacruz@terra.es

revistapalimpsesto@hotmail.com

**Administración:**

Biblioteca Pública "José María Requena"

C/. Domínguez de la Haza, s/n.

Tfno. y fax 95 419 14 58 - E-mail: biblioteca@carmona.org

41410 - CARMONA (Sevilla)

**Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:**

INGRASEVI, S. L.- Políg. Ind. El Pintero, calle Esparteros, 2

Tfno. 95 419 06 89 - Fax 95 419 07 01 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

**I.S.B.N.:**

978 - 84 - 89993 - 40 - 2

**Depósito Legal:**

SE - 848 - 2011

© Herederos de Regino Pedroso

© De la presente edición: PALIMPSESTO





# EL CIRUELO DE YUAN PEI FU

POEMAS CHINOS

Regino Pedroso

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ



PALIMPSESTO



## REGINO PEDROSO

Un día de 1956 me entregaron, en la redacción del periódico habanero *El Mundo*, una carta de Regino Pedroso. Agradecido de que en un artículo publicado en aquel periódico yo defendiera su título, cuestionado entonces por algunos, de iniciador en Cuba de la poesía social de carácter proletario, el autor de *Nosotros* me expresaba su deseo de conocerme. Me halagó la carta y me emocionó la proximidad del encuentro personal con Pedroso, a quien tenía yo más como leyenda que como criatura de carne y hueso.

Lo llamé por teléfono y concertamos una cita en su casa. Residía Pedroso en la última planta de un viejo edificio situado en la calle Concordia esquina con Infanta. A las dos de la tarde de un sábado toqué a la puerta de su apartamento y a los pocos segundos tuve ante mí a un hombre enjuto, de porte elegante y piel muy oscura y tersa. Su rostro, de líneas angulosas y delicadas, proclamaba la aleación de negro y chino de que estaba hecho. Lo que atrajo de inmediato mi atención fue la natural e impecable fineza con que se desenvolvía este ex jornalero agrícola y ex mecánico ferroviario. Otro rasgo muy característico de Regino, que también atrajo pronto mi atención, fue su manera de hablar. A cada momento interrumpía el discurso, como para subrayarlo,

con la palabra «sabe» repetida dos o más veces en tono de pregunta y pronunciada tan deprisa que se oía ¿ave?, ¿ave?. Además, antes o en medio de algunas frases, emitía un aullido digamos que asiáticamente irónico.

Después de abrazarme como a antiguo camarada, Pedroso me llevó a su estudio, situado en el fondo de la casa. Era un gabinete pequeño, decorado con dos impactantes acuarelas droláticas de Carlos Enríquez\* –mujeres fornicando con caballos– dedicadas al poeta. Apenas cabían allí un escritorio, dos sillas y un estante con libros. Una ventana proyectaba sobre nosotros el violento resplandor de la tarde habanera. Conversamos. Para ser exacto debo decir que habló Regino y yo me limité a escucharlo, que fue lo más sensato que hice. Regino era un conversador memorioso y rico de mundo.

En aquella plática, Regino evocó sus pasos iniciales en la vida literaria y política de los «días tumultuosos» de los años 20 y 30 y sus relaciones con Rubén Martínez Villena, Juan Marinello y otros «viejos amigos de las bellas rutas distantes». Gracias a esas evocaciones conocí, de fuente original, algo de la *petite histoire* de su generación, tan cubana y audaz.

Me despedí de mi acogedor amigo al anochecer, pensando que me había incorporado un instante sin olvido. Al bajar a la calle me llevaba bajo el brazo un ejemplar de *Nosotros*, uno del *Bolívar* y uno de *El ciruelo de Yuan Pei Fu*, los tres dedicados con generosidad. El de *Nosotros*, según me dijo Regino, provenía de un paquete salvado por Martínez Villena de la requisita hecha por la policía machadista en 1933. Me contó cómo Rubén había sacado ese paquete

---

\* Pintor cubano del siglo XX.

de la imprenta momentos antes de que llegaran por ellos los genízaros de Zubizarreta (ministro de Gobernación de Machado).

Veintiséis años más tarde, en 1982, hablé con Regino por última vez. Fue en su casa de Buenavista\*\*, situada a dos manzanas de la de mis padres. Me recibió en la sala, entre biombos chinoscos y sentado en una mecedora de metal. Los años habían hecho crueldades en aquel hombre que durante mucho tiempo dio la impresión de no envejecer. Ya casi no veía ni oía y le costaba hablar. Pero la inteligencia y la elegancia le seguían siendo fieles. Se refirió, divertido, al último premio oficial, «otro más», que le acababan de dar a Nicolás Guillén, su bestia negra desde la época en que el partido comunista, en el que militaba en los años 30, le reprochó el escepticismo que destila *El ciruelo de Yuan Pei Fu* y, quitándoselo a él, puso en manos de Guillén el cetro de la poesía proletaria. «Si a este muchacho», se refería a Nicolás, «se le ocurre ponerse a la vez todas las medallas que le han dado, se va a hundir en la tierra, ¿ave?, ¿ave? Espero, eeh, que no se las echen en el sarcófago el día que se muera, porque no habrá, ¿ave?, ¿ave?, quien levante semejante peso».

Y fue esa tarde, también centelleante como aquélla en que nos conocimos, cuando Regino me dio esta queja sin consuelo: «Toda la vida pensando que al llegar la vejez podría dedicarme a leer los libros que la vida con sus exigencias no me permitía leer, y llegar a viejo así, sin poder leer ni casi poder oír cuando me leen... Francamente, chico, nunca sospeché que esto sucedería, ¿ave?, ¿ave?, eeh, nunca lo sospeché».

---

\*\* Barrio de la Habana.

Quizás *El ciruelo de Yuan Pei Fu* sea el libro más ex-céntrico de la poesía cubana. En él se fusionan la sangre china que corría por las venas de su autor, la inveterada inclinación de éste al esteticismo y el exotismo modernistas –herencia parnasiana– y el escepticismo que lo embargaba en una Cuba que él percibía política y moralmente decepcionante. La necesidad de exteriorizar su escepticismo la satisfizo el poeta, con incisivo humor y no poco sarcasmo, en los diálogos entre el pragmático preceptor Yuan Pei Fu y su candoroso discípulo.

Este libro es un homenaje del poeta a sus antepasados chinos; pero es también, en lo formal, una vuelta a sus inicios modernistas y, aunque él lo negara, una catarsis cívica que mucho tiene que ver con su entorno. En el hermosísimo prólogo que acompaña a *El ciruelo...*, en el que se dan pistas para la comprensión de la obra al mismo tiempo que se fabula sobre su origen, Pedroso deja esta importante advertencia: «...en la traducción de estos diálogos nada nos ha interesado más que reflejar fielmente la intención del escritor, ya que a nuestro entender se trata de una obra de prosaica experiencia de vida y no de dulce ensoñación poética». Y subraya: «Los campos en que brotaron estas yemas de bambú parecen haber sido las tierras pantanosas donde madura el arroz, no los prados celestes de la luna».

Nacido en Unión de Reyes en 1896 y fallecido en La Habana en 1983, Regino Pedroso, mestizo de negro y chino, era un ejemplo del «cóctel de razas» –Nicolás Guillén *dixit*– que es Cuba. Este hombre, que apenas asistió a la escuela y que desde muy joven trabajó en la agricultura y en talleres de mecánica, cuando tiene poco más de veinte años irrumpe en la literatura con un rosario de sonetos exquisitos, sensuales y perfectos que titula *La ruta de Bagdad*. Y será este nefelibata de manos callosas quien en 1927 marque el

inicio en Cuba de la poesía social de temática obrera con un poema vanguardista titulado «Salutación fraterna al taller mecánico», que, curiosamente, se publica en el *Diario de la Marina*, el periódico de la plutocracia nacional, el más conservador de la isla.

En 1933, cuando la dictadura de Gerardo Machado estaba a punto de caer y daba sus más fieros coletazos, Pedroso publica su primer libro, *Nosotros*, de diáfano mensaje comunista, motivo por el cual la policía secuestra la edición, de la que sólo circularán, clandestinamente, contados ejemplares. Además de este emblemático poemario, la obra pedrosiana en verso la componen: *Antología poética (1918-1938)*, de 1939; *Más allá canta el mar...*, también de 1939 (Premio Nacional de Poesía y editado por Manuel Altolaguirre en su imprenta habanera La Verónica); *Bolívar, sinfonía de libertad*, de 1945; *El ciruelo de Yuan Pei Fu*, de 1955; *Poemas* (prólogo de Nicolás Guillén), de 1966; *Órbita de Regino Pedroso* (prólogo de Osvaldo Navarro), de 1975; y, de ese mismo año, *Obra poética* (prólogo de Félix Pita Rodríguez). A estos títulos hay que agregar su ingente obra periodística, sus cuentos y sus crónicas de temas históricos.

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ



# EL CIRUELO DE YUAN PEI FU

POEMAS CHINOS



*A la memoria de mi madre.  
A Petra Ballagas, mi compañera.*



*La evolución nunca termina. Pero, ¿quién puede percibir los procesos secretos del Cielo y de la Tierra?... El hombre, desde su nacimiento hasta su vejez, es diferente cada día en apariencia y forma, en sabiduría y en conducta.*

DEL TAO TE KING

*Si yo hubiera esperado para pintar el mundo a haberlo conocido bien, mi interpretación no hubiera sido más que una sonriente burla.*

PALABRAS DE UN GENIO DE OCCIDENTE



## PRÓLOGO

Mi paternal abuelo, mandarín de botón encarnado, abandonó este valle de bendiciones cuando aún se asentaba en el trono del milenarío Imperio Celeste la dorada dinastía de los Ching.

No heredé de ese amarillo antepasado gloria, nombre ni fortuna fabulosa. De los muchos o escasos bienes que acaso atesorara, sólo logré alcanzar el retrato de un anciano mandarín que en túnica florida cubre su nevada cabeza con un birrete de seda azul y en el que brilla la elevada distinción de un globo de coral. Ese feliz mortal está sentado. Calzan sus pies suaves pantuflas de pergamino. En los ojos oblicuos, alargados como sables, se entreabre una mirada que parece navegar por quietas aguas nebulosas. Bajo la corta nariz, de abiertos ventanales, asoma una boca casi sin carne, levemente sensual, en donde florece una sonrisa no sé si cauta o candorosa. Enmarcando la boca, caen los largos bigotes de apacibles hebras y una nevada barba cuyos plateados hilos llegan hasta su pecho. Una pálida mano de afilados dedos reposa sobre sus piernas, haciendo fulgurar una joya antigua de la época de los Ming; la otra sostiene abandonada la media luna de un abanico. Un collar de gruesas perlas descende de su cuello hasta su orondo vientre de bien ali-

mentado Buda. Como está de frente, no se le ve la coleta, pero se la adivina, conforme a la tradición manchú, reptando por su espinazo como una larga y sinuosa serpiente.

Dejó además ese mi remoto antecesor, entre otras cosas igualmente descoloridas, un amarillento legajo lleno de variados caracteres y cuyo sentido sólo vine a penetrar en estos últimos años de mi vida.

¿Fue también poeta ese eventual abuelo mío? Ese anciano feliz de venerable barba, elevado a las más altas dignidades del Imperio, según lo indican el collar y la piedra preciosa de su gorro, ¿es acaso Yuan Pei Fu, el sabio Maestro que vemos en estas páginas, o es quizá esa imagen la del pobre y flaco discípulo que día y noche lo siguiera? ¿Llegó su hambriento adepto, con el tiempo y los sinsabores recogidos en los caminos del vivir, a transmutar en oro de sabia vida la amarga y dura experiencia? De las dos primeras figuras que alientan en este libro, ¿a cuál de ellas representa este retrato? O, más bien, ¿qué momento de tal vida simboliza? Porque ante la efigie de un ser humano –ya sea bronce, piedra, lienzo o fotografía– tal vez no sea juicioso afirmar como se acostumbra: «Ése es Fulano». Quizá fuese más prudente, comprendiendo con sentido dialéctico la eterna mutabilidad de lo existente, expresarse de este modo: «Fue así Fulano en tal momento de su existir». Pues siendo uno, el mismo siempre como enseña Lao Tszé, «desde su nacimiento hasta su vejez el ser humano es diferente cada día en apariencia y formas, en sabiduría y en conducta». Y en el caso concreto de Yuan Pei Fu, hombre vario de tan polifacética envoltura, de ser suya esa imagen, para juzgar con exacto juicio tendríamos que saber en qué momento le fue hecho ese lienzo: si en los días de prédica, cuando apóstol vagabundo agitaba su doctrina por los negros muladares; si en las noches inseguras, cuando en gestos nigrománticos

liberaba a los camellos de sus grávidas jorobas; o si en los bienaventurados tiempos en que, sabio mandarín, alcanzadas las alturas palaciegas, sonreía dichoso a la olímpica fortuna, ya seguro el blando lecho y el faisán siempre a punto en su espléndida cocina.

Pero pocas noticias podemos aportar a tales hechos. No obstante las más acuciosas investigaciones, quien escribe estas palabras no ha podido hacer otra cosa que limitarse a venerar, quienquiera que él fuere, ese retrato, y a traducir con benedictino amor de su idioma original al castellano, una parte del amarillento legajo que dejara mi desconocido antecesor y que ahora doy a la publicidad bajo el título de *El ciruelo de Yuan Pei Fu*.

Ahora bien, al publicar estos poemas, tanto como antes cuando me desvelaba con su lectura y traducción, me siento conturbado por los más hondos desasosiegos. Prefiriendo siempre más los cálidos movimientos del vivir que el frío virtuosismo intelectual que a veces tanto aliento absorbe del espíritu del arte, hubiera deseado conocer la verídica historia del autor y las reales o imaginadas circunstancias que dieran existencia a sus diálogos.

¿Quiso ese mi desconocido antepasado, obedeciendo a un arbitrario modo de pensar y de sentir, formular en ellos una paradójica filosofía de la existencia, o bien estos poemas no son sino la reacción satírica de un espíritu soñador ante el medio y los hombres con los cuales tuvo que convivir? ¿Hay en ellos un propósito cierto de enseñanza, una autobiografía, o simplemente bajo su poético ropaje una irónica experiencia del vivir?

¿Quiénes fueron Yuan Pei Fu y ese su ingenuo adepto de lengua seca y desnutrido rostro, a quien vemos afanosamente

deambular por plazas y mercados, esperando ver caer desde las alturas palaciegas, si no la túnica del Faisán de Oro o la del Pavo Real, al menos la de la cenizosa Golondrina o tímida Codorniz con la cual poder sobrellevar sus siempre angustiados días?\*

¿Fueron ambos, Maestro y discípulo, dos reales personajes de carne y hueso? ¿Dónde y cuándo nacieron y murieron, dentro del vasto mundo histórico-geográfico de la China milenaria, esos hijos de Tu Fu y de Chuang Tsé? ¿Fue en verdad el tal maestro un santo bonzo o un despierto nigromante del vivir? A nuestra investigación, como hemos dicho, escapan los preciosos detalles. Ni años, nombres, ni días exactos. Ni el estrecho lugarejo. Más aún, a veces llegamos a dudar que hayan sido del todo auténticamente chinos. Esto será aclarado algún día por pacientes eruditos. Sólo podemos precisar su humana atmósfera terrena y el breve espacio de tiempo en que respiraron, discurrieron y desaparecieron sus amarillas envolturas.

Los poemáticos diálogos que siguen darán al lector culto una más acabada idea de ambas enigmáticas figuras. Una y otra se pierden en horizontes imprecisos, en mundo de nebulosas vaguedades. Como hemos apuntado, su nacer y morir son tan inverosímiles como a veces sus actos mismos. Pero, en definitiva, ¿qué significa en el correr de los milenios el segundo de tiempo en que un ser humano aparece y desaparece físicamente sobre la tierra? Lo que importa es su ejecutoria, su rastro, oscuro o estelar, dejado en el polvo del camino. Y de Yuan Pei Fu quizá deba recordarse

---

\* En la China imperial, los grandes dignatarios, de acuerdo a los altos cargos que ocupaban en la Corte, lucían en sus brillantes túnicas de seda, entre otros símbolos jerárquicos, un faisán decorativo, una cigüeña de oro o un orgulloso pavo real. Los menos afortunados mortales, los ínfimos funcionarios, adornaban sus apagadas vestiduras con una pequeña gaviota, una borrosa golondrina o una insignificante codorniz.

su armonioso y polifacético vivir, su sonriente humanidad y el arte prodigioso con que, llegado a la ancianidad, a la sombra de su florido ciruelo, tocando el laúd melódico, lo vemos disfrutar de ubres generosas y tiernas lechugas...

Y ahora, en otro aspecto, algo debemos explicar. Al trasladar el pensante espíritu amarillo del milenario idioma de Li Po a estas castellanas traducciones, confiesa humildemente el adaptador lo imperfecto de su obra. Hemos tenido que acoplar y refundir dos orbes culturales, dos hemisferios tan disímiles en sentimiento y saber, como son el mundo del Oriente y el mundo Occidental. Y esta labor ha resultado aún más penosa, ya que el universo en que este empeño se ha plasmado es el orbe poético, de por sí planeta abstruso, fluido mundo sutil, muy difícil de apresar en la materialidad de las palabras.

Pero aparte de estas razones generales, está sobre todo, particularmente, el concepto que tiene el chino de la poesía. Para el hombre de esta milenaria raza la poesía no es un simple juego del intelecto. Ella no radica, como modernamente se estima, en ciertas zonas culturales de Occidente, en sólo esos aspectos novedosos y formales de elaboradas técnicas metafóricas y abstrusos pensamientos indescifrables, sino es un modo emocional de sentir y ver la vida, y está en lo esencial del arte, en cierto estado imaginativo y sensible del espíritu humano que faculta peculiarmente al hombre a expresar bellamente la forma, la música y el color del Universo. Porque la poesía, en el chino, nace de un profundo estado contemplativo ante la naturaleza, o más bien, de su cósmica inmersión en ella, y está en lo estelar de su alma y no en el simple juego de hacer literatura.

De ahí tal vez que aun los problemas económico-sociales, que de tan novedosos modos actualizan hoy día

la lírica de otros pueblos, apenas si han encontrado mayor eco en la poética de los hijos de Confucio. Y es que para el amarillo, aunque materialista y perseverante defensor de su diaria ración de arroz, política y economía, dictaduras y democracias, paz y guerra, no son más que transitorios fenómenos del vivir que él mira con singular sabiduría. De acuerdo con su conceptual filosofía de las cosas, «todo es y nada es», ve el vivir dialécticamente en perpetua mutación, como un proceso de eternos cambios.

Y es quizá también por eso que el chino, mentalidad realista, armoniosa, razonable, tenga como ningún pueblo de la tierra, junto a un alma de fresca primitiva, ingenuamente infantil, la sutileza sabia del maduro pensar y el sentido sonriente del humor. Mas el humor chino no es tampoco esa ácida crueldad, personal y regional, tan característica en la literatura de otras razas más apasionadas y creyentes, sino es un modo, panteísta y universal, de sonreír hacia adentro, un dulce encantarse ante las veleidades de hombres y hechos, un sabio goce espiritual, sano, sin resquemor; fresco como las hortalizas de sus huertos, leve como el aroma de su té o el perfume del ciruelo cuando florece en primavera. Porque el chino en su humorismo sólo busca regocijar su corazón, lanzando al mundo la dorada abeja de su epigrama como si echara al viento un cometa. Temperamentalmente escéptico, no intenta en sus sátiras e ironías cambiar las cosas ni persigue inútilmente fines moralizantes. Obedeciendo a su armonioso sentido del vivir, ve el eterno carrousel de la vida tal como es, lo comprende, y sabiéndose él también regocijada marioneta en la farándula, abre su alma a la sonrisa... Sólo que al occidental siempre le será difícil penetrar hasta dónde sonríe su sonrisa.

Explicado esto, sólo queda excusarnos por las reiteradas ocasiones en que ante la real exposición de un hecho huma-

no hayamos sacrificado aquella primorosa delicuescencia estilística que hacen inmortales las obras de arte. Pero, con perdón mil veces de los puros y abstrusos estetas que con luz tan sideral iluminan hoy día el universo del saber, en la traducción de estos diálogos nada nos ha interesado más que reflejar fielmente la intención del escritor, ya que a nuestro entender se trata de una obra de prosaica experiencia de vida y no de dulce ensoñación poética. Los campos en que brotaron estas yemas de bambú parecen haber sido las tierras pantanosas donde madura el arroz, no los prados celestes de la luna.

R. P.



## EL MAESTRO

«¡No comeré yo arroz...  
Mientras mis manos palpen las llagas de un humano,  
y mis ojos contemplen vientres vacíos, flácidos,  
y la Justicia, esclava, lllore sobre la tierra,  
no he de comer arroz;  
por campos y ciudades en santa penitencia,  
no comeré yo arroz!»

Rodeado de discípulos Yuan Pei Fu predicaba:  
el sayal tosco, abriéndose sobre el vientre desnudo;  
harapiento en el polvo, con bestias y mendigos;  
las pupilas, en éxtasis, frente al tazón de barro.

Pasaron muchas lunas...  
Se fueron y volvieron las flores del ciruelo.  
Mantos de nuevas plumas vistieron los faisanes,  
y hasta sus duras conchas cambiaron las tortugas.

Y al Maestro ayer vi: llevado por esclavos,  
en palanquín suntuoso iba tendido;  
entre flotantes sedas el cuerpo perfumado;  
orondo el sabio vientre,  
¡y en el gorro el botón de altas dignidades!

–¡Oh, Yuan Pei Fu! –le dije, e inclinó la cabeza–.  
¡Ah, gracias al cielo que el hambriento se harta;  
que ya no roen las pústulas las carnes lastimosas  
y la Justicia, libre, prevalece en la tierra;  
pues te veo dichoso y el arroz te alimenta!  
Perdona que hasta ahora mis ojos ignorantes  
los milagros no vieran.

Como soy su discípulo  
y nunca contra él tengo negaciones ni piedras,  
aun se dignó a ilustrarme:  
–Hermano mendicante –me respondió indulgente–:  
no juzgues lo absoluto,  
pues nada eterno es y todo fluye eterno;  
mas nada es siempre lo mismo.

El Hoang-ho, negro o rojo a veces corre,  
y a veces amarillo...  
Si todo cambia: el pez, el ave, el río;  
si todo fue y recomienza,  
¿por qué quieres que sólo yo permanezca el mismo?

Gracias no pude darle  
por esas las más sabias palabras de su prédica...  
¡Lejos de mí ya estaba cuando alcé la cabeza!

# LOS CABALLITOS DE TAI PING

Mientras suena la música,  
alegres giran, giran,  
giran los caballitos de Tai Ping.

Sobre ellos, a horcajadas,  
veloces las figuras pasan gloriosamente.

El Maestro me dice:

–Mi discípulo amado, abre tus ojos, mira:  
todo en círculo gira por ley del Universo;  
lo incierto, cierto es, y lo cierto es incierto.

¿Ves allí? ¡Admira a un héroe!

¡Ese mortal que pasa bajo impoluta túnica,  
por obras de virtudes celestial nube alcanza!

(Y giran las figuras...

Mas pasan tan fugaces que sus rostros no veo.

Pero ensordan mi oído clamores de epopeyas,

y ofuscan mis pupilas

los místicos fulgores que a los santos circundan.)

Y prosigue el Maestro:

–Aquel que allá se agita

pregonando su nombre en su propia corneta,

ya no hay astro en los cielos que su esplendor no apague.

Y ahora mira, ya llegan, ¡ah, los Nueve Inmortales,

los Seis Sabios Birretes, las Diez Túnicas Sacras...!

(Yo alzo mis pobres ojos, buscando en alto cielo  
las divinas grandezas que nombran sus palabras.)

¡Y oh, discípulo mío –continúa el Maestro–:

prostérnate y adora;

he ahí la faz exangüe, las alas arcangélicas

de iluminado apóstol!

(Por mis mejillas ruedan las lágrimas devotas.  
Pienso en la cruz sangrante de un cruel martirologio,  
y busco de rodillas en el polvo terreno  
las huellas apostólicas de un bonzo.)

Y así, mientras suena la música,  
alegres giran, giran,  
giran los caballitos de Tai Ping.

Cuando han parado y enmudece la murga  
busco las Sacras Púrpuras,  
los Genios, los Profetas, los Apóstoles,  
el halo luminoso de los Santos...

Mas sólo veo gentes que siempre he visto,  
gentes de carne y hueso que he tocado y conozco,  
cuyas piernas, endebles, cuelgan sobre el tablado.  
–Maestro –exclamo triste–, ¿adónde fueron  
los Héroes y los Sabios, las grandezas  
que un instante ahí giraban? ¿Cómo ha sido el milagro?

Yuan Pei Fu queda absorto, parece que no escucha.  
Oblicuamente sus pupilas se esconden  
y en su boca sorprendo irónica sonrisa.

–Hijo mío –al fin dícame–: la misma cosa simple  
toma, según la mires, la apariencia más varia.  
Visto de opuestos ángulos, distinto es lo que miras.  
Unas las cosas lucen bajo ilusoria música,  
y otras si las contemplas sin celestial fanfarria.

En mi boca imprudente asoma una pregunta,  
mas al punto él me dice:  
–Pero observa, hijo mío, ya el carrousel se mueve,

la gran ley es girar en música celeste.  
Mira atento y descubre cómo se hace el milagro...

Y en el girar de santos, apóstoles y genios,  
héroe en el corcel de palo el Maestro ahora vuela.  
Su rostro yo no veo;  
pero sobre el tablado descubro su sonrisa  
iluminando alegre su barba venerable...

Y así, mientras suena la música,  
eternos giran, giran,  
giran los caballitos de Tai Ping.

# TRES DIOSES

*¿Puede, en realidad, saberse algo?*

CHUAN TSZÉ

–Mi padre ayer me dijo:

«¡Adora a ése; él tiene la Verdad!»

Mi madre afirmó luego:

«¿La Verdad? ¡En el mío sólo la encontrarás!»

Y el anciano que enseña los Ritos, así jura:

«¡La Verdad es la luz; y la luz aquí está!»

De los tres, oh Maestro, ¿quién dice la verdad?

¿Yo a quién debo creer?

–¿Por qué indagar, discípulo?

Si eliges uno, al otro negarás,

y negar es tanto como afirmar.

¿Quién negará que acaso los tres sean los mismos?

¿Quién probará tampoco que pueden ser distintos?

¿Y quién dirá a ninguno que miente al afirmar?...

¿La Verdad? ¡Oh discípulo! ¿Por qué indagar?

¿Crear?... ¿Para adorar hace falta creer?

No mires la colina de las contradicciones,

que acaso lo distante cercano nada es.

Bebe tu té despacio, contempla el cielo inmenso...

y anda luego, hijo mío, y adora con los tres.

## ENSEÑANZA DIALECTICA

—Maestro, ¿qué es sapiencia política?

El honorable Wong es hombre ilustre  
en la ciencia política.

Viste floridas sus túnicas de seda.

A todas las doctrinas ha combatido,  
y a su turno a la vez todas las ha elogiado.  
Pronuncia sus palabras jurando conmovido  
abnegado holocausto;  
pero siempre lo veo cantando plácido  
a la sombra del Trono.

Maestro, ¿qué es sapiencia política?

—Hijo mío creyente: según las conveniencias,  
la verdad que era ayer, negar en el presente;  
aunque lo que hoy afirmes mañana otra vez niegues.

Es conservar intactas las tres sabias conductas:  
la que guía a lo alto;  
la mística, que abajo ve el tumulto creyente;  
y la conducta íntima que concilia los medios.  
Es hacer de lo fácil, sutil, mundo difícil;  
y en el caos tortuoso de las contradicciones  
realizar la armonía del yo con los opuestos.

—¿Pero cómo, Maestro, lograr esa armonía?

—¡Simple y dulce discípulo!

Vivir, dijo el Muy Sabio, será la primera cosa.  
Construye senderos de plata  
al paso poderoso del mortal que ahora manda;  
pasarela de marfil  
ante el divino vientre que reinará mañana;

y para el adversario,  
por si un día triunfante también el Trono alcanza,  
ten muelles puentes de seda y arcos fragantes de rosas.

—¡Gracias, sabio, virtuoso Maestro,  
por esa enseñanza dialéctica!

# LA FERIA DE TIEN SING

Estoy alegre y danzo  
porque voy a la Feria  
Sagrada de Tien Sing.

—¿Adónde vas, discípulo?

—¡Oh, Maestro, hacia Tien Sing,  
camino de la Feria!  
Es fiesta de los dioses  
que moran en la tierra;  
y hay dragones de fuego,  
salamandras que danzan,  
tortugas amarillas,  
jardines de linternas...

—¿Y por qué al viento el rostro  
sin máscara tú llevas?

¡Vamos, corre, discípulo,  
anda y busca una máscara!

—¿Y qué máscara, Maestro,  
pondré sobre mi cara?

—¡Oh, mi dulce discípulo;  
una, cualquiera es buena!  
La austera del gran Bonzo,  
la pálida del mártir,  
la ingenua del creyente,  
la santa del apóstol,  
la del héroe o el genio...  
¿Por qué irritar al cielo  
con hosca faz desnuda?  
Vamos, corre, discípulo:  
nunca a la Feria vayas  
sin llevar una máscara.

# EL HÉROE DE TSING TAO

*A la gloriosa espada de Kung Ling,  
que en épicas hazañas despedaza al viento.*

–Maestro, ¿el héroe de Tsing Tao es héroe?  
–¡Hijo mío, es héroe el héroe de Tsing Tao!  
Lleno de cicatrices su épico vientre tiene;  
lo exaltan las gacetas, lo afirman los letrados;  
lo reverencia un pueblo rendido ante su fama;  
lleva sable de oro y en el pecho medallas...  
¡Oh discípulo, es héroe el héroe de Tsing Tao!

–Pero sabio Maestro,  
tan bellas cicatrices no las ganó en batallas:  
al saltar un cercado,  
en lance que mil lenguas en voz baja pregonan,  
ganó una cicatriz; otra gloriosa estrella  
sobre mullido lecho se la hizo el cirujano  
–¡en su único combate puso ala en sus talones!  
y la otra cicatriz... oh, sabio Maestro,  
¿el héroe de Tsing Tao es héroe?

–Hijo mío, todo afán es batalla,  
y a veces triunfo ha sido volar en la derrota.  
No sólo invicto en púrpura se da lustre a los pueblos,  
ni sólo en muerte heroica se gana inmortal mármol.  
¡Las hazañas más grandes no las canta la historia;  
y hay más de un hecho épico de que el mundo no sabe!

¡Quizá cuánto heroísmo en saltar un cercado  
puede haber, hijo mío, si se hace por la patria!  
¿Cómo no ha de ser héroe quien hizo tal milagro?  
¿De no merecer bronce y aureola de epopeya  
tendría sable de oro y en el pecho medallas?  
¡Oh discípulo, es héroe el héroe de Tsing Tao!

## HSAI HSUN, ASCETA RÍGIDO

Porque un hombre ha pecado Hsai Hsun, asceta rígido,  
con voz imprecadora y ojos inflamados  
grita, anatematiza;  
llama castigadora suplica de los cielos,  
su carne martiriza con púas torturantes  
y cubre su cabeza de estiércol y ceniza.  
«¡Anatema! ¡Anatema!» Con voces iracundas  
Hsai Hsun condena al mundo porque un pobre ha pecado.

–¡Ah discípulo! –dice el Maestro–.  
¡Tanto invierno de prédica, de descifrar misterios,  
de ayunar, meditar, de ahondar en cuerpo y alma,  
de practicar los ritos, profundizar los textos,  
de ver cielo, ver tierra, infierno y purgatorio,  
y aun flotar en el limbo esperando milagros!  
No por saber se vive ni por vivir se aprende.  
Mente anciana, y qué indócil a golpes de experiencia...

¡Ah discípulo –clama al cielo el Maestro–,  
qué seca puede ser honda sabiduría!  
Hsai Hsun conoce el mundo... ¡y aún no sabe sonreír!

## EL CAIMÁN DE FUNG TIEN

–¿El caimán de Fung Tien es tosca piedra, o leño?  
Cual tronco inerte véole flotando en turbio río.  
No agita, no blasfema.  
Yo no sé que degüelle camellos ni gallinas.  
Sin embargo, la gente con insidia murmura:  
«¡Oh, el caimán de Fung Tien! ¡El caimán de Fung Tien!»  
¿Qué mal hace, Maestro, que tal espanto inspira?

–Murmullo que así trueno no siempre es rumor vano,  
y clamor popular verdad tiene y mentira.  
Cuida tu piel, discípulo, de toda voz que incierta,  
tampoco no ser cierta ningún humano afirma.

El caimán de Fung Tien no es sólo vida mítica.  
De sus ojos vertiendo lágrimas infelices  
sobre el vientre lo he visto rastrear en negras ciénagas;  
mas mi anciana pupila nunca ver ha podido  
en dónde, cómo y cuándo salta sobre su presa.

No por viento ni lluvia su guarida abandona;  
acecha, siempre acecha.  
No lo arredran tormentas, noches turbias, crecidas...  
Nadando a flor de agua o en cieno sumergido,  
en todo instante sabe encontrar dulce orilla.

No creas, oh discípulo, que es tosca piedra, o leño.  
Carne viviente es, con uñas, dientes, garras  
y esquivia y afilada, sutil inteligencia.  
Bebe, devora, engorda; voraz es su apetito.  
Ponte a salvo, discípulo, si lo ves verter lágrimas.  
No pienses que está muerto si ves que un ojo cierra:  
porque si es peligroso cuando caza despierto,  
¡es terrible, hijo mío, cuando acecha dormido!

## EN UN PUENTE DEL LIAO

–Maestro, abundante este año ha de ser la cosecha.  
Ya vienen los labriegos, al hombro las azadas.

–Hijo mío, ni mijo sembrarán esas gentes;  
en fosas dejarán sus huesos y esperanzas.

–Jóvenes son, Maestro; el grano que ahora siembren  
en eclosión de espigas reventará mañana.

–Fríos surcos de muerte trabajarán sus manos,  
mas ellos no sabrán jamás qué tierras labran.

–¿Pero cómo, Maestro, si van hacia la aurora?  
¿Por qué si el horizonte del mundo allá les canta?

–Densas sombras esperan sus sueños inocentes;  
es la guerra, hijo mío, la que oscura allá avanza.

–Pero danzan, Maestro... ¿Es la guerra algún juego?  
¡Alegres van cantando bellos himnos y marchas!

–Muchas veces, discípulo, otros así partieron,  
y nadie regresó con sola una esperanza...

–Hablémosles entonces; de la escuela ahora salen.  
¿Para qué los ilustran si a morir van mañana?

–De siglos, hijo mío, hueso y sabiduría  
el hombre arroja al surco... ¡y aún la tierra es ingrata!

–¡Llamémosles, Maestro! ¿Por qué a llenar de arcilla  
han de llevar las bocas gozosas que ahora cantan?

–Sosiegate, hijo mío; aunque mil voces dieras nada te escucharán: llevan sordas sus almas.

–¡Gritémosles, Maestro! ¿Por qué sus brazos jóvenes, útiles a los campos, llevar a la matanza?

–Nada puedes, discípulo, cuando voces de muerte, odios y engaños siembran entre pueblos y razas.

–¡Roguémosles, Maestro! ¿Por qué llevar sus ojos, que aún la vida no han visto, a cegarse en la nada?

–¡Oh, detente, hijo mío! Nada escuchan los hombres cuando son arrastrados por ríos de palabras...

–¡Ay, Maestro, ay, Maestro!... ¿Y éstos hacen las guerras?... ¡Y alegría inocente yo veo en sus miradas!...

–Otros son, oh discípulo, los que siembran los odios, y éstos son las espigas que siegan las matanzas.

.....

En un puente del Liao discípulo y Maestro miraban el humano tumulto que pasaba. Abajo, en la corriente, peces de mil colores, sin ver nada, felices, como flechas saltaban.

# LAS HORDAS DE PEI YANG

*No confíes en aquél que grita en tus puertas:  
«Soy honrado; mira como no robo tus melones».  
Vigila tu pesebre porque es posible que  
desaparezca tu caballo.*

DE LAS ENSEÑANZAS DE YUAN PEI FU

–¡Maestro, milagro, milagro!  
Las hordas de Pei Yang, que antes rapaces fueron,  
el cielo ganan; virtuosas y austeras  
por las praderas áureas hoy van gritando:  
«¡Miradnos, somos limpias; nada manchamos!»  
Y ante el Templo del Oro sus túnicas arrojan,  
entran desnudas;  
y ni un grano de incienso se llevan en sus barbas,  
y ni un disco de cobre en sus cuerpos ocultan.  
¡Maestro, las tribus de Pei Yang el cielo hoy ganan!

–¡Oh discípulo!  
Las hordas de Pei Yang ¿sacrosantas y limpias?  
–¡Maestro, las tribus de Pei Yang milagro hacen!  
–¿Esas hordas falaces de vanos juramentos?  
–¿Tú lo dudas, Maestro?  
Mis ojos las han visto en míseros tugurios  
la honradez predicando,  
y sólo arroz comiendo en pobres escudillas.  
Y nada esconden, impuro nada buscan.

–¿Que nada esconden, que nada impuro buscan  
esas sectas rapaces de ávidas gargantas?  
–¿Tú lo niegas, Maestro? Afirmarlo yo puedo:  
¡Las hordas de Pei Yang ganan el Paraíso!

-¡Ah, discípulo amado!  
Nada en el mundo niego, y ni afirmo ni dudo;  
mas mi saber prefiere  
a virtud pregonada impudor que no grita.

Pero nada es el hombre, no obstante su experiencia:  
busca, se afana, sueña, desgarrar lo infinito  
y, al final, ve que ha sólo cosechado ignorancias.  
Desveléme, hijo mío, ahondando en cien enigmas;  
nieve cubrió mis sienes buscando en ciencia abstrusa;  
y cuando ya esperaba  
haber dejado atrás sorpresas y misterios,  
he de volver, paciente, al punto de partida...  
¡que aún hay cosas que escapan a mis conocimientos!

# VUELOS DE MANDARINES

*No salvarse cuando el edificio se derrumba,  
es condición de gentes de poco razonable juicio.*

PALABRAS DE UN CORTESANO  
A LA CAÍDA DE UNA DINASTÍA

–Maestro, ¿por qué este pánico,  
esta angustiosa fuga de brillantes carrozas?  
¿El gran Fong Chi ha muerto?

–¡Ay, Fong Chi, ay, discípulo, aunque vive no vive;  
a su casa no llegues, hacia otro rumbo vuela!

–¿Su mansión ya no existe? ¿Ha ocurrido un incendio?...  
Ayer mismo terrazas, jardines y cocinas,  
eran igual que ríos abundantes de pescas.  
Lleno de dignatarios su palacio abejeaba.  
Zalemas y sonrisas  
ornaban, cortesanas, los regios pabellones.  
Como colinas suaves  
ondulaban, flexibles, graciosos espinazos.  
De Fong Chi se exaltaba su gran sabiduría,  
y en su honor aguzando cada cual el ingenio  
ilustraba la eterna Fiesta de los Elogios.  
¿Por qué ahora este pánico? ¿El gran Fong Chi ha muerto?

–Calla, calla, discípulo...  
¡Cuánta grandeza ayer, ay, y hoy todo es ruina!  
Ya ni sombra de un buitre por su palacio asoma.  
¡Huyamos más aprisa  
y pasemos a aquellos que han corrido ya tanto!

–Pero, sabio Maestro, ¿qué hecatombe ha ocurrido?  
¿El divino Fong Chi tiene la negra peste?  
¿Ha ofendido, sacrílego, a los antepasados?...  
¡Ah...! ¿El favor de la Corte ya Fong Chi ha perdido?

–¡Calla, calla, hijo mío, cierra tu boca, vuela!  
¿Por qué confiar al viento palabras imprudentes?  
En casa de Fong Chi viento helado ahora sopla...  
¡Vamos al sol caliente de otro amigo tejado!

# RETORNO DE MANDARINES

*Toda falta es perdonable si al faltar  
no ha pecado el corazón.*

EL MISMO ILUSTRE CORTESANO  
EN LA RESTAURACIÓN

–¡Ah, loado Fong Chi! ¡Ah, loado Fong Chi!  
¡Fong Chi es hombre sabio! ¡Fong Chi es hombre grande!  
¡Corramos a su casa, perezoso discípulo!

–¿Pero cómo, Maestro, si ayer lo abandonamos?

–¿Ayer? ¿Y qué es ayer?... Lo que fue y ha pasado.  
La vida en su correr pasa, retorna, fluye,  
y nosotros con ella pasamos... retornamos.

Apresúrate, hijo, no seamos los últimos.  
¡Ay de quien llegue tarde!  
La loa de su amor no ha de ser escuchada;  
¡tanto será el clamor de los que estén más cerca!  
Y mira atrás, discípulo,  
¿quién por llegar temprano no corre y atropella?

Porque un día pecamos  
¿habremos de sufrir eternas penitencias?  
¿Por qué además llevar castigos de soberbia?

Tal como nos juzguemos así al mundo juzgamos,  
y conciencia inflexible no es humana conciencia.  
¿Por qué ante leves culpas alzar virtud de mármol?

Todo es amor, discípulo, santo amor e indulgencia.  
¿Podemos ser perfectos?

Somos mortales débiles, por frágiles pecamos,  
pero el cielo perdona si hay arrepentimiento.\*

Grande, justo, magnánimo,  
Fong Chi sabe la dicha que hay en ser indulgente;  
y hoy goza gloria única, porque es un don del cielo  
poder, en vez de reo, ser juez de ajenos actos.

Vamos, corre, hijo mío, adora, ruega, humíllate...  
Fong Chi ya abre sus puertas.  
No seamos los últimos en besar su albo manto.  
Aunque sabio y perfecto el gran Fong Chi, discípulo,  
sabe que perdonar al que yerra es humano,  
cuando a veces, sin dolo, por flaquezas del ánimo  
en cálculo impreciso peca la inteligencia.  
¿Y qué mortal, discípulo, una vez no ha pecado?  
¡Mira el sol, hijo mío, ya de nuevo calienta!

---

\* Aunque espíritu taoísta-confuciano, tales razonamientos de Yuan Pei Fu son signos evidentes de que su mente no era extraña a las seráficas esencias del más puro cristianismo.

# LI TZU CHANG, SABIO AUSTERO Y FILÁNTRORO

*Un buen poeta no debe dejarse engordar  
como un caballo: sólo hay que mantenerlo,  
no saciarlo.*

PALABRAS DE UN REAL MECENAS DE OCCIDENTE

Por mercados y calles ambulo fatigado...  
(Voy soñando en silencio hinchados juncos de oro  
navegando por ríos de abundancia celeste...)  
Cuando tras de sus gafas en palanquín suntuoso  
se acerca Li Tzu Chang  
muy ilustre mandarín, sabio austero y filántropo.

Sus criados le siguen con rebosantes cestas  
de tortugas marinas y faisanes dorados,  
anguilas de Chu Kiang,  
ricos nidos de pájaros...

—¡Oh, Elegido Celeste! —hónrame saludándome—.  
¡Que el dios Kuei-sing\* te eleve a inmortales destinos!  
¿Por qué tu mente ilustre  
en estos antros negros, sin claridad, se abisma?  
¡Para vagar inútil por calles y mercados  
los dioses no te han dado inspiración tan bella!

(No sé qué responder.  
Miro mis pies, cansados, desnudos en las piedras;  
por mi raída túnica seca mi carne asoma;

---

\* Kuei-sing, Dios de la literatura.

mi estómago es al aire como una caña hueca...  
y oigo, sin responder.)

Li Tzu Chang continúa su edificante prédica:  
–Ve a cantar, oh inspirado, las tardes de Hoau-chan,  
los jardines de nieve,  
los cisnes de marfil que sueñan en los lagos...  
¿Por qué negar los dones de que el cielo te colma?  
Anda a honrar la cultura  
y a darle con tu mente fulgor al Universo.  
Para vagar inútil por calles y mercados  
los dioses no te han dado tan celestial talento.

Y abre su abanico, que lentamente vuela...  
Y a un gesto de su mano,  
un fámulo me premia filantrópicamente  
como dádiva regia... ¡un arenque salado!

# EL ABANICO DE LAS MIL JOYAS

*A Liu lushih, por la hermosa pasión  
que en ríos de perlas inundaba sus pestañas.*

–Una canción canta, discípulo amado,  
que en sus alas traiga el sueño a mis párpados...  
Yo tomo mi kin\* y en voz baja canto:

La regia Princesa de las Vanas Nubes  
abre su abanico y fastuosas pompas:  
–Si me desposaras te haría una túnica  
con las cabelleras de mis cien esclavas.  
–¡Oh hermosa princesa:  
cuando con sus cestas de luz y de nidos  
Primavera venga!

–Si tú me desposaras, sandalias de perlas  
para ti ligeras tejerán mis manos.  
–¡Oh bella princesa:  
cuando con sus mantos de noches brillantes  
se acerque el Verano!

–Si me haces tu esposa, un regio palacio  
de marfil y oro te alzaré mi madre.  
–¡Oh regia princesa:  
cuando con sus grandes arpas de hojas mustias  
el Otoño cante!

–Si al lecho me llevas, mi padre un gran reino  
te dará por dones, quizá si un imperio!

---

\* Laúd de tres y cinco cuerdas.

–¡Oh hermosa princesa:  
cierra las mil joyas de tu varillaje.  
No será en Verano,  
no cuando el Otoño con sus arpas cante,  
no será en Invierno...  
ni en la Primavera!

El Maestro entreabre sus ojos lejanos.  
Mírame, sonríe...  
Y el ala del sueño sus pupilas cierra.

## EL BONZO DE SIN FENG

¡El bonzo de Sin Feng, oh austero santo!  
Ayuna, ofrenda, reza, su cuerpo martiriza.  
Con olor de pecado a un niño no perdona.  
La santidad del Templo teniendo por divisa,  
ven sus ojos severos al pez que cambia de onda  
y hasta la hambrienta abeja que ajeno panal liba.

Pero en sus santas noches, cuando limpio de culpas,  
ya salvada su alma de impuras tentaciones,  
el bonzo de Sin Feng al éxtasis se entrega,  
de sus severos ojos el dios del mal se burla;  
pues mientras que incorruptos, místicos, inflexibles,  
vieron en casa ajena rastros de impura hormiga,  
en la propia, indulgentes, no ven cómo el pecado  
en rebaño de escándalo engorda en su cocina.

¡El bonzo de Sin Feng, oh austero santo!

## CONFUSIÓN IMPRUDENTE

–Maestro, a ese hombre que llega en suntuosa carroza yo lo conozco; ayer, con palabras impías piedras junto a las turbas al Gran Templo ha tirado. Maestro, yo he escuchado sus prédicas blasfemas, y profanar imágenes y símbolos lo he visto.

–¿Aquel desarrapado?

–No, ése que al frente de brillante cortejo con rostro compungido en el Templo ahora entra.

–¿No es aquel descreído  
cuyos negros harapos pregonan graves faltas?

–Maestro, aquél que allí entre nubes de incienso adora de rodillas de Fo\* el santo ombligo.

–No comprendo, hijo mío. ¿No es ese can famélico cuyo pecado al cielo hoy paga en negra sarna?

–El que feliz ahora junto a hermosa doncella ve encenderse amorosas las antorchas floridas.

–¿Qué tú has dicho, discípulo? ¿Ese alto dignatario de túnica impoluta y extáticos fervores?

–¡Piedras con él, Maestro, yo al Santuario he tirado!

–¡Ah, hijo mío imprudente! Despierta tu mirada...

¿Ves? Grandiosos ritos, bendiciones terrenas,  
gracias desde la altura...

¿No confundes? ¡Oh, calla! ¿No dices sacrilegio?

–¡Oh sabio Yuan Pei Fu! Mi razón ya vacila...

¡Cómo aunque semejantes son distintos los hombres!

No, no, tal vez no sea... Verdad es, no es el mismo.

No sé cómo he podido confundir imprudente

a un sacrílego hereje con varón tan austero.

¡Perdón, perdón, Maestro!

---

\* Nombre chino de Buda.

# EL LAMA DE TU FAN

*No siempre debemos descorrer todos  
los velos del santuario.*

YUAN PEI FU CERRANDO SUS OJOS  
ANTE UNA DIVINIDAD.

–El Lama de Tu Fan ayer decía:  
«Todo es terreno;  
el aire, el sol, el agua,  
todo es terreno.  
Y como el ser humano ha salido del barro,  
el agua, el sol, el aire,  
todo es del hombre porque es terreno.  
Quien no oiga la Verdad será sacrificado».  
Y su mano pasaba con la llama incendiaria.  
–Ayer, oh discípulo –dice el Maestro–,  
el Lama de Tu Fan así hablaba y hacía.

–Pero hoy, Maestro,  
el Lama de Tu Fan indignado predica:  
«Todo es divino;  
el sol, el agua, el aire,  
todo es divino.  
Y como el Hijo del Cielo desciende de lo alto,  
el aire, el sol, el agua  
son del Celeste Hijo porque es Divino.  
Quien niegue la Verdad será decapitado».  
Y su mano cruel pasa con la muerte en el hacha.  
¿Cómo he de interpretar al Lama de Tu Fan?  
¿La verdad dice hoy, o ayer cuando incendiaba?

Yuan Pei Fu me contempla dulce, paternalmente.  
Sonríe... bebe su vino... fuma su pipa...  
acaricia su ombligo.  
Yo espero inútilmente su respuesta...  
Sus ojos santamente por largo sueño viajan.

## MULÁN ES PERRO CALLEJERO

Aunque de pura raza, Mulán, mi can hermano,  
es perro callejero.  
Desde niños andamos los dos fraternalmente.  
Corremos, retozamos, de un plato al par comemos;  
vagamos por las calles y haciendo travesuras  
entre ladridos y saltos a la noche mordemos.

–Mulán, busca mis zapatillas.  
(¡Qué ternura en sus ojos, qué amoroso su rabo!)  
¡Mulán, salta por esa rueda!  
(Y arqueando el espinazo vuela como una flecha.)  
¡Mulán, de pie sobre las manos!  
¡Mulán, siéntate ahí, quieto, quieto!  
(Y queda como un bonzo posado en su trasero.)

Pero también a veces, cuando las cosas cambian  
(¡la vida es tan compleja!),  
al faltar el condumio Mulán deja la casa.  
Lloro por su abandono,  
sabiendo que a otro amo va ahora con sus gracias.

Mas si olfatea que vuelve la abundancia  
(¡la vida es tan compleja!)  
Mulán regresa a casa,  
y humilde, manso, ocúltase debajo de la cama;  
las horas pasa inmóvil, el hocico ni asoma;  
no obstante sus parásitos apenas si se rasca.

Y así el momento espera  
en que me ve al espejo arreglándome mi túnica,  
o escribiendo un poema.

Entonces corre, salta, gañe, retoza, ladra,  
su lengua acariciante se hace elocuente verbo,  
los ojos se le nublan de emoción casi humana;  
sus patas delanteras caninamente aplauden;  
llora de amor y hasta suspira en mis orejas:  
«¡Oh, mi amo, qué belleza! ¡Mi dueño, qué talento!»

Conmovido en mi genio olvido mis rencores.  
–¡Yuan Pei Fu –grito alegre–, qué perro inteligente!  
El Maestro sonrío, le tira por el rabo  
y admirado responde:  
–¡Oh discípulo, es casi un hombre... civilizado!

## LIU YEN, GRAN HEREJE

—Como impío galeote, su culpa pregonando  
camino de la hoguera, Maestro, Liu Yen pasa.  
Ayer piedras sacrílegas arrojó a la Pagoda.  
Otro crimen no tiene que ése de inexperiencia;  
cuando ansiando verdades soñaba con palabras.  
Y porque eso ayer hizo hoy todos lo condenan.  
Hasta aquéllos que un día piedras con él tiraron  
leña encienden, gritando: «¡Quemadlo! ¡Lapidadlo!»

—Hijo mío, Liu Yen aún por hereje peca.

—Como loto sagrado pura hoy tiene su alma;  
ya no sueña en palabras ni persigue verdades.

—Oh discípulo incauto:  
apariciencia de forma no es realidad de hecho.  
Bajo cándida lana  
esa oveja aún encubre sacrílega herejía.

—¿Pero cómo, Maestro, si de herejía absueltos  
fueron los que con él el Templo lapidaron,  
y hoy éstos ganan gracia y bienes terrenales?

—Discípulo inocente, ciencia abstrusa es la vida.  
No sólo por pecar es que el mundo castiga,  
ni sólo por virtud el cielo recompensa.  
Acaso infierno o gloria, con más poder que el alma,  
en lo alto, como abajo, gánanlos las rodillas.

Ojos tiene el Gran Templo, infeliz hijo mío,  
que ven lo que no ven las pupilas mortales.  
¿Qué no ha hecho Liu Yen que esos otros ya han hecho?

Por locuras pasadas nadie le enciende hoguera;  
fue error de inexperiencia el apedrear santuarios.  
Pero Liu Yen, discípulo, aunque hoy no peca ofende,  
y hacerse perdonar sus ofensas no sabe:  
no por su ayer hereje el mundo lo condena,  
sino por lo que ahora debe hacer y no hace.

# LOS TITIRITEROS DE SI-NGAN-FÚ

De todos los misterios que veo en la Gran Feria,  
el de los titiriteros de Si-ngan-fú  
es lo que más yo amo.

Magos, bonzos, letrados, mandarines ilustres,  
en sagrada hermandad componen su teatro.  
Siempre que a Si-ngan-fú yo voy con el Maestro,  
me escapo y con el pueblo me reúno en la plaza  
para ver los misterios.  
Horas y horas paso junto a las candilejas.

«¡He aquí un héroe! ¡He aquí un mártir! –se arrebató un  
profeta  
iluminando un drama–.

¡En holocausto santo al puñal ha caído!  
¡Mirad! ¡En sacrificio ha muerto por la secta!  
¡Testigos sois, oh pueblo! ¡Miradlo ensangrentado!»  
Y un trágico ataúd entre linternas pasan...  
Gime el coro y de angustia se llena el espectáculo.

Mi corazón sensible en penas se me inunda.  
Entre ríos de lágrimas  
corro junto a las luces y el trágico ataúd abro.  
Y, ¡oh extraño poder mágico! ¡Oh sorpresa! ¡Misterio!  
Busco, toco, revuelvo... mi ser se paraliza...  
¡En vez de huesos mártires tazas de arroz encuentro!

¡Ah, de los misterios que veo en la Gran Feria,  
el de los titiriteros de Sí-ngan-fú  
es lo que más yo amo!

# LA DIVINA TORTUGA

–Oh, Yuan Pei Fu, ¿qué hace esa tortuga  
que lenta, torpe, estúpida, apenas si camina?  
¿Para qué sirve? ¿Por qué la adoran todos?  
¿Por qué ante ella, en éxtasis, la gente así se postra?  
¿Por qué le temen? ¿Qué cosa ilustra?

–¡Oh discípulo, todo... y nada!

–¿Y por qué del camino no la echa la gente?  
Le daré con el pie; es un fantasma...

–No intentes, oh discípulo, tamaña irreverencia.  
¡Si la tocas, ya ni el cielo te salva!

–Mi razón no comprende por qué esa tolerancia.  
¡Yo no amaré a ese torpe fetiche de estulticia!

–No hables alto, hijo mío, que ella acaso te escucha.  
Razones con violencia  
más que razón del cielo es razón de la tierra.  
Serena, más prudente, tu temprano arrebató.  
Sólo maduro en años se ahonda en lo divino,  
y tus ojos apenas alcanzan lo terrestre.  
Si poderes más altos ante ella nada pueden,  
¿qué podrá tu iracundia? ¡Ella es más que la fuerza!  
¿Con qué ojos la miras?  
Mira con ojos de humano raciocinio.

¿Por qué dices que es lenta? ¿No ves que tiene alas?  
¿Por qué dices que es tonta?  
¿Quién le niega, hijo mío, que es toda inteligencia?

¿Aplastarla?... ¡Oh locura!  
Se alza en cielo intocado y tiene coro ilustre.  
¿Ves cuántas tortuguitas por ella se sustentan?  
¡Oh discípulo, adórala, ofréndale, alábala!  
Busca un lugar caliente debajo de su concha.  
Hazte humano, y sé estúpido, discípulo, sé estúpido...  
¡Y quiere el cielo que su sabiduría te proteja!

# VISITA INOPORTUNA

*A veces la túnica agujereada de la pobreza,  
aun queriendo halagar, ofende.*

YUAN PEI FU DESPERTANDO UNA MAÑANA  
BAJO UN PUENTE DE NANKÍN.

A casa de Tai Fong voy un día de fiesta.  
Su Palacio de Otoño iluminado brilla.  
Bóvedas de linternas y danzas de dragones;  
el vino en copa de oro desborda en las bandejas.

He aquí ya a Tai Fong. (Yo tres veces me inclino.)  
Honorable y pulido a mi encuentro ya avanza:  
el botón más precioso deslumbrando en su gorro;  
la túnica suntuosa bordada de cerezos;  
sus uñas resguardadas con láminas de oro;  
volando en blanda brisa de marfil su abanico.

—¡Oh, inspirado del Cielo! —responde a mis saludos.  
¿A qué debe mi casa tan ilustre presencia?  
Ay, nada digno poseo que yo pueda ofrecerte;  
indigna mi morada ante ti se avergüenza.

Deslúmbreme su estancia. Todo es fausto y cultura.  
Oro, marfil y lacas...  
Milenio de proverbios en preciosos estantes.  
De Tang, de Sung, de Ming, las ricas porcelanas.

Los criados circulan. Hinchados dignatarios  
beben felices, ríen y engordan en su mesa.  
Mas Tai Fong tal suspira y tanto se lamenta,  
que olvidando un instante mi raído indumento  
siempre rica en consuelo dice mi inexperiencia:

–Oh gran Tai Fong, ¿por qué al cielo das tus quejas?  
Feliz en fiesta espléndida tu palacio deslumbra;  
abundante en tu mesa veo el mar y las plumas,  
y el vino perfumado corre por tus bandejas...  
Oh gran Tai Fong, ¿por qué tú así te lamentas?  
¿Qué desatino he dicho que provoca su enojo?  
¿He incurrido en qué falta?

Honorable Tai Fong su dura ceja encrespa.  
Del gorro a sus pantuflas igual que un sable vibra.  
Ceremoniosamente de su mesa me aparta.  
Pulido, digno, culto, mis pasos acompaña...  
y con fría sonrisa en la puerta me deja.

# LA EXQUISITA AMIGA

*A una dama extranjera, cuya fragancia aún  
flota en mis recuerdos como el aroma del té  
que se evapora de mi taza.*

¡Oh Maestro, tengo una amiga exquisita!  
Su boca es dulce como los cerezos de Nao Kao;  
son sus pestañas suaves como el plumón, de seda;  
tiene su cuello el ritmo y la gracia del cisne;  
y al andar, fina y grácil, con ondulante talle,  
no sé si un ritual danza,  
si es una rama en flor que mece el aire,  
o si es una mariposa que vuela.

Cuando la ven mis ojos  
es como si alcanzara la irrealidad de un sueño.  
Y cuando ríe, y su voz armoniosa,  
como divino pájaro vuela de su garganta,  
quisiera que esa diosa de frágil porcelana,  
no fuera una extranjera  
nacida bajo el cielo de Occidente.

Aunque de ilustre alcurnia se cuentan de ella historias...  
¡Ah, Maestro, qué cultura  
la de esos altos mundos de Occidente!

En la Terraza de las Mil Caricias  
ayer con labios húmedos  
el fénix del amor nos sorprendió en su vuelo.  
Por único ropaje tan divina escultura  
envuelta sólo estaba con la túnica de oro  
con que la prestigiaba el pincel del crepúsculo.

Toda la tarde el Kiosco de los Besos  
resonó de armonía.  
Los pájaros callaron para escuchar su música.

Y yo esperé la noche, ¡que descendió sin luna!  
para abrir el más íntimo Cofre de los Secretos.  
Pues no hubiera querido, bajo luz indiscreta,  
que el astro refulgente hubiese contemplado  
cuán pequeñita era ante tanta cultura  
mi desnuda ignorancia.

¡Ah, Maestro, tengo una amiga exquisita!

## EL JUNCO DE TI FAN CHENG

Orgullosa del viento que propicio hoy le sopla,  
en su dorado junco feliz Fan Cheng navega.  
Las loas y el sahumero envuelven su áurea barca;  
canciones de lisonjas en torno suyo vuelan...

Cegado por el humo de pasajeras glorias,  
Ti Fan Cheng entre nubes de espeso incienso olvida,  
que sobre lo inconstante de la breve existencia  
no hay dicha más hermosa ni hay más seguro puerto  
que aquél en que envejece una amistad preciosa.

Ti Fan Cheng, corre y vuela, olvídate de todo:  
del pasado inclemente, del amigo constante  
que ayer contigo hermano compartió lecho y taza;  
cierra tu corazón con llaves de soberbia.  
Mas no intentes, ingrato, por áurea y espumosa  
que sea la fortuna que tu junco hoy impele,  
renegar de los cielos... El río en que corres  
es engañoso y rápido, y un tenue soplo basta  
para en aguas profundas sepultar tus grandezas.

Ti Fan Cheng, sé prudente: la dicha es breve, y pasa.

# EL ANCIANO DE LA PUERTA DEL TIEMPO

*A Liu Li Sheng, en el Monasterio de la Amistad.*

Junto a la eterna Puerta del Tiempo una voz canta:

«Ya anciano soy.

Desde lejanos días, del alba hasta la luna  
mis pies vuelan veloces de una a otra muralla;  
por pedregosas calles y curvos puentes corro  
como un viejo caballo con mis cargas humanas.

Cada día contemplo pasar ricas pagodas,  
lagos de lotos, kioskos de grandes dignatarios;  
magos que de sus mangas improvisan un cielo,  
y eterno, como el tiempo, siempre al dolor humano.

Ya anciano soy.

Fue ya en remotos años cuando pródigo en sueños  
sembrara mi esperanza bajo temprano sol;  
cuando en horas ilusas con la fe del creyente  
corrí en prédica santa por Nankín y Hangchow...  
Hoy bajo la pupila del ancho cielo abierto,  
sólo ganar espero mi escudilla de arroz.

Ya anciano soy.

Esta misma mañana, después de una carrera,  
bañado en agria espuma el cuerpo fatigado,  
un profeta de amor, al no entender su prédica  
dejó sobre mi espalda el odio de su báculo.

Sin embargo, ¿qué más pedir puedo a mis manes?  
De todos los tesoros me dio el cielo un amigo:  
cuando la sombra vino, él llenó mi silencio;  
cuando llegó el dolor, él vino, como un sueño;  
no sé si es extranjero, su raza desconozco...  
Pero todas las noches, después de la jornada,  
postrado ante lo alto gracias doy al destino  
por esa mano hermana que aún me une al Universo».

El canto el Maestro escucha, una lágrima oculta...  
y silencioso pasa.

## RUINAS ILUSTRES

–Por aquí sus violencias los bárbaros dejaron.  
Talaron, incendiaron, todo lo destruyeron...  
¡Mas un templo de arte, reliquia de milenios,  
aún se alzaba a los cielos cual la fe de un milagro!  
Pero, Maestro, ahora, ay, míralo ahí... en ruinas.  
Piedra muerta en la piedra, polvo en el polvo muerto:  
textos sagrados, jades, grandezas de mil años...  
los hombres de la luz multiplicaron soles  
para acabar lo poco que se salvó del bárbaro.

–Hijo mío, ¿qué sabes de las guerreras ciencias?  
¿Qué importan bronces, vidas, tabletas milenarias,  
si al final, felizmente, se logra el objetivo?  
Barbarie hubiese sido que eso hicieran los bárbaros;  
no es igual que destruyan manos sabias que incultas.  
Todo polvo se ha hecho pero el mundo ha ganado.  
Tu lágrima sensible, oh discípulo, enjuga.  
Besa esa ruina ilustre y al cielo gracia eleva...  
¡Porque en esa epopeya de destruir bellezas  
no pudieron los bárbaros ganar a la Cultura!

## FAN CHIH Y EL BUDA DE DOS CARAS

Corriendo hacia el Gran Templo Fan Chih, el incorrupto,  
ante el Buda de bronce que doble cara oculta,  
cada día en voz alta junto al público ora:  
«¡Oh Fo, pobreza dame! ¡Pureza sólo anhelo!

Ni la túnica rica, ni la carroza áurea,  
ni cargos palaciegos en encumbradas cortes  
mi alma triste busca... ¡Oh Fo, pobreza dame!  
Más que terrenas pompas virtud celeste quiero».

Y el pueblo que le escucha comenta así creyente:  
¡Santo como Fan Chih en la tierra no hay nadie!

Pero apenas la gente de su vista se aleja,  
Fan Chih del dios bifronte la opuesta cara busca,  
y ante el bronce postrándose en voz baja así implora:  
«¡Oh Fo, yo te suplico, mi blasfemia perdona!  
Todo cuanto negué, oh Fo, eso yo anhelo:  
goces mundanos, oro, áureas carrozas, títulos,  
hombres palaciegos en encumbradas cortes,  
en sedas deslumbrantes túnicas opulentas.  
¡Olvida, oh santo Fo, cuanto yo dije antes!»

Con desgarrada súplica Fan Chih, el incorrupto,  
ante la opuesta cara del dios así se amarga.  
Y el Buda que del mundo tantos misterios sabe,  
acaricia su ombligo, le oye, sonríe... y calla.

# LA PROFECÍA DEL SANTO DE HU-PE

*¡Ay, a veces cuántas terribles cosas  
bendice el Cielo como santas!*

YUAN PEI FU ADORANDO LA DIVINA  
UÑA DE UN INMORTAL

—Cuando el santo Hu-Pe su hora vio cercana,  
así habló a sus discípulos:

«—Vosotros que orasteis conmigo,  
¡oh hermanos!

Vosotros que amasteis conmigo,  
¡oh hermanos!

Vosotros que hambres y piedras  
en prédica santa sufristeis conmigo,  
¡oh hermanos!

Ya la luz del espíritu mi carroña abandona.  
Todo cuanto yo hablé, al mundo revelado,  
con belleza y amor, hijos míos.

La verdad de mi culto florecerá en la tierra  
cual loto inmaculado;  
porque todo en mi nombre, discípulos,  
será siempre sagrado.

Idos ahora a orar en el Santuario.

Luego volved por mis despojos;

llevadlos a la hoguera...

Toda carne es corrupta, sólo el alma es pureza.

Ya mis ojos contemplan la eterna luz de Tao».

—Así habló, hijo mío, el profeta de Hu-pe.  
Cuando de orar volvieron sus discípulos,

como insectos monstruosos  
de los mudos despojos del santo vivían  
aquéllos que lo odiaron,  
los que de afrenta y piedras su camino sembraron.

«—Su cuerpo poseemos —gritaban—,  
nos lo dejó en legado:  
somos sus verdaderos discípulos,  
los que sobre la tierra su palabra guardamos.  
¿Qué aquí buscáis vosotros?  
(Decíanles a aquellos hijos fieles del santo.)  
Su verdad predicamos nosotros;  
somos los verdaderos discípulos,  
los que entre los vivientes su palabra enseñamos».

—Y como testimonio mostraban a la gente,  
junto con engañosas palabras corrompidas  
la carroña del santo.  
Y como el santo de Hu-pe ya no hablaba ni oía...  
¡todo así fue sagrado!

# YUAN PEI FU HACE EL MILAGRO DE LAS JOROBAS DE LOS CAMELLOS

*A la congregación de bonzos de la Pagoda  
de Tchang Nang, por la divinidad de sus  
muchos milagros.*

Viniendo de lejanos arrabales una noche de cálido sopor, Yuan Pei Fu, seguido de sus creyentes discípulos, se encontró ya cerradas las Santas Puertas de Pekín. Tanto había predicado y hecho milagros ese día que, después de masticar el hueso seco de un ciruelo y beber un sorbo de agua de un cercano manantial, en espera del alba, bajo el ruinoso alero de una anciana pagoda cerró los ojos en quietud justa y santa.

Ya volaba su espíritu por las brumas de un dulce sueño, cuando el Maestro fue despierto por las voces de una agotada caravana que rendía largo viaje. Alzaban los viandantes las protectoras tiendas y los tardos camellos de dobles gibas, rumiando el seco pasto, doblaban de cansancio las callosas piernas... Y fue entonces que, iluminado su espíritu, Yuan Pei Fu descubrió que aún había en el mundo una justicia que reparar.

Abandonando el tosco lecho de pelo de asno en que descansaban sus fatigados huesos, el Maestro habló así a los rumiantes:

—¿Por qué a vosotras, hermanas bestias, dio el cielo dos jorobas? En nombre de mi ley os conjura mi voz: ¡Sean vuestros lomos cual los lomos de todas las bestias de la tierra!  
¡No tengáis ya más gibas!

¡Sopló una mansa brisa de lo alto y el milagro se hizo!

Dilatando sus chatas narices los camellos trotaron de alegría. ¡Tantos diluvios atravesando el yermo, sin agua y sin pastos, con callosas jorobas! Y así los habían visto y dejado apóstoles y santos, magos y anacoretas. Mas era ahora, después de los milenios, que también les llegaba su hora de justicia...

Y alargando sus cuellos para ver las estrellas, paciendo el verde júbilo trotaron los camellos.

Cuando las tenues luces del temprano amanecer comenzaron a teñir de alba las tinieblas de la tierra, los rudos camelleros otra vez agobiaron con los fardos las espaldas de las bestias. Mas los mansos rumiantes, sin sus dobles corcovas, con los fardos caían. Y al no poder con ellos, el castigo del palo sentían en sus panzas y en sus largas cabezas.

Entonces el rumiante más viejo del dolor sacó voz, y así imploró al Maestro:

—¡Oh apóstol, líbranos de las cargas! Sin las jorobas, nuestros lomos flaquean. En nuestras gibas antes los fardos reposaban; pero ahora, sin ellas, todo fardo lastima nuestra sensible espalda.

Y respondió el Maestro:

—¡Bestias, negras e ingratas bestias! Os hice igual en lomo a todas las bestias de la tierra; mas cambiar yo no puedo vuestro destino de bestia de carga, porque es cambiar vuestra naturaleza de camello. Sólo Pan-ku\*, oh gibosos, puede hacer tal milagro.

Y replicó la bestia:

—¡Oh, bonzo! Si libramos no puedes de cargas, déjanos como estábamos. Porque además, con la ocultación de nuestras gibas con tres panzas andamos. Cada joroba, bajando a nuestros vientres, estómago se ha hecho, y más hambre y sed sufrimos. El desierto es inmenso, sin pasto y sin agua,

---

\* Pan-ku. Dios que dio aliento y forma a todo lo creado.

y es duro y cruel el leño en la mano del amo. ¡Oh apóstol, devuélvenos las gibas!

Yuan Pei Fu mirábase el ombligo. Pero entre los discípulos amados, casi niño uno había, sensible y tierno, y así también rogóle, besando un dedo santo de los pies del Maestro:

–¡Oh, Iluminado, devuélvele al camello sus jorobas! Al hacerlo feliz, le quitaste belleza. ¿Qué poeta volverá ya a cantarle? Antes, como colgantes puentes se alzaban sus corcovas. Eran las caravanas como ondulantes ríos de montañas y valles. ¡Había en los camellos gracia tan candorosa, tan musical andar, y en su mirada estúpida tanto oasis de ensueño...! Y, oh apóstol, al quitarle sus gibas le quitaste belleza. ¿Qué poeta volverá ya a cantarle? ¡Oh, Iluminado, devuélvele al camello sus jorobas!

Y el discípulo niño, sensible y tierno, que sólo se nutría de leche de la aurora, lloró con los camellos.

Yuan Pei Fu calló en meditación, las manos en santo éxtasis cruzadas sobre el vientre. ¿Cuánto tiempo así estuvo?... Al fin se oyó su voz, como en un eco:

–La Verdad –predicó– no ha de ser en la tierra como en el reino de los Ocho Inmortales\*. Lo que es justo en el hombre, que desciende de lo alto, no es prudente en las bestias, que del vil barro vienen. Y no es sólo por hambre y trabajo que hace el Cielo justicia, es también por belleza. Aunque sois dulces, aunque sois castas y mansas como las piedras, irrazonables sois, oh bestias, y para el fardo nacisteis. Alargad vuestros cuellos, y andad. Sufriréis hambre, sed, la vara del castigo, pero tendréis un cielo al que entraréis, como todos los seres de la tierra. ¡Tened vuestras jorobas, oh rumiantes, pues justo no ha de ser que en la espalda del hombre, amo del palo, estén las cargas, habiéndoods dado Dios para ellas

---

\* Deidades mayores de la religión taoísta.

dos gibas! Mas en compensación por la Celeste Ley, oh hermanas bestias, tendréis eternamente pesebres de esperanzas, los cantos del rapsoda y el amor de los niños. Por bellos ganaréis, oh gibosos, el Oasis Divino.

Sopló una mansa brisa de lo alto, y el milagro se hizo.

Y alargando sus cuellos en divina esperanza de un pasto celestial, con la carga en su gibas trotaron los camellos.

Y Yuan Pei Fu despertó de su éxtasis. Abriendo sobre el mundo la luz sin sombras de sus ojos, vio a las bestias felices... y sonrió. Luego tocó su santo ombligo y las bendijo...

Surgía el sol, y ya se abrían las Santas Puertas de Pekín.

## CANCIÓN PARA DOS AGONÍAS

Ay, Tchang Pu Yi ayer era  
el ser más venerado que habitaba el Imperio.  
Cien mil bocas ilustres a coro le alababan;  
aguas de veinte ríos corrían a regarle  
el melocotonero que en su patio cantaba.

Pero adverso destino le llegó una mañana.  
Y hoy triste Tchang Pu Yi, solitario en su estancia,  
una voz busca en torno que acaricie su oído,  
una gota de agua ruega para su árbol...  
Parece que las lenguas de los hombres se han muerto;  
los ríos de la tierra ya todos se han quemado.  
Hasta el cielo le niega inclemente sus lagos...

Ay, dos agonías mi canción hoy provocan:  
Tchang Pu Yi, en la tumba sin eco de su estancia,  
y el melocotonero que en su patio no canta.

# YUAN PEI FU ENTRA EN LA ÁUREA PAGODA

*El austero Ermitaño de la Plácida Selva  
hoy visitó la Corte, solicitando del Hijo del Cielo  
la Carroza de Púrpura de su Venerable Dignidad.*

DE LA GACETA DE PEKÍN

—¡Oh, divino Lao Tszé, el Maestro es muy sabio!  
¿Quién dijo que era simple?  
Camino de Palacio hoy vuela cortesano.  
Su Carroza de Púrpura resplandece y deslumbra;  
es casi como un halo de ideal martirologio  
que ilumina de gloria.  
¡Oh, divino Lao Tszé, el Maestro es muy sabio!

Fueron antes sus votos de asceta mendicante;  
cuando en gesto de horror ante tanta herejía  
ardiendo en santa ira las llamas invocaba.  
Mansos ayer corríamos detrás de su cayado:  
«¡Si un dios al Templo él llega,  
cesará el vil comercio de púrpura y carrozas;  
los ídolos manchados caerán de sus altares;  
puras y sacrosantas serán hasta las piedras!»  
Así por los caminos tras él ayer jurábamos.  
¡Pero, santo Lao Tszé, el Maestro es muy sabio!

Un día el Maestro entró en la Áurea Pagoda.  
Revueltos por el lodo encontró vientres, túnicas...  
«¡Ay! ¿Qué hacer? ¡Ay! ¿Qué hacer?» Sorprendidos  
[desnudos  
gimieron temblorosos los sacrosantos bonzos.  
Pero justo, magnánimo, austero, incorruptible,  
apagando en la orgía su lámpara severa:

«¿Por qué, por qué este pánico? –feliz habló el Maestro–.  
Aunque apóstol de iras, ¿también no soy humano?»  
Y cogiendo una púrpura se cubrió la cabeza;  
se sentó al gran festín... ¡Y pidió su carroza!

¡Oh, divino Lao Tszé, el Maestro es muy sabio!

# EL PABELLÓN DE LOS TRES JADES

## 1

Vu Tai Su sabe Anales, Vu Tai Su sabe ciencias,  
Vu Tai Su es filósofo, y del hombre no sabe.  
Pero en Hang Ling, un centro ilustre, Vu Tai Su explica el  
[Universo...  
No, no se debe pensar que Vu Tai Su sea un pobre ignorante.

## 2

Si Ching Tsé da en su hacienda, obsequia calabazas;  
si del reino da bienes, con calabazas premia.  
Yo no quiero pensar que Ching Tsé, mano pródiga,  
en mi muerte el sepulcro generoso me ofrezca...  
Dormiré en media tumba por escasez de tierra.

## 3

Angustiando la noche alguien camina con vaporosa máscara;  
como una serpe muerde el mármol, la rosa, las estrellas.  
«¡Un demonio! ¡Un genio! ¡Un dragón celestial!», dice  
[aterrado  
con miedo de sus pasos tímidos un mundo complaciente.  
Y es alguien que sólo trata de ocultar su desnuda miseria.

# EL JARDÍN DE LOS SEIS PÉTALOS

*En el kiosko de las máscaras*

–¡Maestro, cuántas grandezas, retratos, retratos!  
–Discípulo, discípulo, simples caricaturas...

*Tableta de un santo cráneo*

¡Tanto adoró Yin Hsi, santo tanto adoró,  
que su mente se hinchó en Divina Vaciedad!

*Deshojando un crisantemo*

Aguas mansas arriba, fondos turbios esconden.  
Bajo alas de seda acechar pueden garras.

*Tableta de un elegido*

De cieno y sangre supo, la uña fue de un dragón.  
Pero en el bronce hoy duerme, fénix albo, entre pétalos.

*Ante el vuelo sagrado*

–¿Y qué hay detrás del biombo que mi mirada veda?  
–¡Oh, hijo mío, lo que tus ojos quieran ver!

*Túmulo sin Tableta*

Li Kuan Wong fue el rumor... Su boca el mal sembró...  
sobre su santo Túmulo sólo cuelga una lengua.

## DACIÓ N DE GRACIAS A UN MANDARÍN

¡Oh amigo, yo esperaba cangrejos de Fukien!  
Mas no llegó la carne de pétalos de nácar.  
En cambio con las hojas que en Yunnan crecen pródigas  
en cajita minúscula tu mano me regala...  
¡Oh amigo, yo esperaba cangrejos de Fukien!

¡Ay! ¿Cómo no sonreír ante largueza tanta?  
La brisa, más ligera que ese crustáceo lento  
tu té me trajo aprisa; mas aunque aquél demora,  
si no en la primavera llegará en el invierno...  
¿Cómo no anticiparme y humilde darte gracias?

Mientras el paso apura manjar tan delicado  
que en tu feliz cocina prodiga su excelencia,  
junto a un fuego en que apenas si mi tetera canta  
en tosca taza indigna beberé tus riquezas...  
¿Cómo no siendo ingrato no darle al cielo gracias?

¡Oh amigo, yo esperaba cangrejos de Fukien!  
Y pues la luna llena sobre el Tung-hai ya surge  
y desbordan las conchas sus róseas suculencias,  
siendo tu mano amiga maravillosa en dádivas,  
sueño que un día llena me ofrezca tu red áurea...

¡Oh amigo, yo esperaba cangrejos de Fukien!

# YUAN PEI FU ENSEÑA ANALES

Cuando a veces no entiendo páginas de la historia  
corro al viejo ciruelo y así hablo al Maestro:

–Oh sabio Yuan Pei Fu: obediente a tu prédica,  
siempre he buscado el bien y el mal he aborrecido;  
mas todavía hay cosas que mi entender no entiende.  
El virtuoso Wang Su en la picota cuelga,  
y en cambio es aclamado Ku Hsi, que ahorca y pillas.  
Y tú también, Maestro, lo exaltas y le cantas.  
¿Es ésa la moral? ¿Es ésa la justicia?

–Que el humano ser viva –me alecciona el Maestro–,  
es fuerza primordial,  
y es secundario anhelo pesar sus cualidades.  
Querer el bien o el mal es sólo una intención;  
mas las cosas, por ley, han de ser como son.

Yo observo la moral, venero la justicia;  
mas que a Ku Hsi yo loe no es acción condenable.  
Con mi ferviente prédica paz doy a mi conciencia,  
busco que al bien se inclinen los mortales;  
mas sigo a la carroza de aquél que me alimenta,  
que si a unos da el cepo, honores a otros hace.  
El arroz que nos nutre crece en fangosas tierras.

–Pero Maestro, Wang Su muere de hambre y apaleado,  
¡y es varón sabio y casto, y es varón santo y justo!  
¿Quién su senda virtuosa querrá seguir mañana?

Y sabio Yuan Pei Fu, el divino Maestro,  
pasa por mis cabellos sus finas uñas largas:

–La Justicia –me dice–  
florecerá en la tierra como nevado almendro.  
Que apóstol Wang Su siga predicando pureza;  
no será inútil gesto su sacrificio y hambre;  
tendrá santos discípulos, tendrá santos discípulos...  
Y aunque así en hueso viva, asceta en puro éxtasis;  
aunque así seco muera, arenque venerable;  
por su gloria inmortal y ejemplo para el mundo,  
de mármol blanco y bronce le elevaremos túmulo,  
y en caracteres de oro  
su nombre sacrosanto fulgirá en los Anales.

# TORPEZAS CORTESANAS

*No debes lamentar la muerte de tu mujer  
cuando el grande mortal que te alimenta feliz  
recibe las caricias de un pequeño can de manga.\**

DE LAS ENSEÑANZAS DE YUAN PEI FU

*A Chang Hsien Chung, cauta águila celeste  
en las aguas del Gran Ceremonial.*

Cuando el Gran Mandarín da fin a las audiencias,  
en sueños siempre iluso le pregunta al Maestro:

–Oh sabio Yuan Pei Fu, ¿al fin haré carrera?

¿Alada una gaviota adornará mi túnica?\*\*\*

¿Un globo de metal brillará en mi sombrero?\*\*\*

–¡Oh discípulo cándido,

tanta enseñanza, tanta, y al fin nada se enseña!

–Pero sabio Maestro, ¿falté acaso a los Ritos?

¿No adoré, imploré, cumplí las reverencias,

y conforme a los cánones guardé la compostura?

–Candoroso hijo mío: falta no cometiste

conforme a los preceptos que ordenan los rituales,

mas para quien hambriento un tazón de arroz busca,  
todo rito es hacerse propicia la fortuna.

---

\* Diminutos falderillos que para sus distracciones llevaban los mandarines en las mangas de sus túnicas.

\*\* Como explicamos en nota anterior, ambas expresiones metafóricas se refieren a distintivos jerárquicos que en la Corte del Dragón usaban los mandarines en sus túnicas y birretes. La gaviota y el botón de metal eran símbolos de ínfima categoría burocrática.

\*\*\* *Ibidem.*

Y, ay, infeliz discípulo,  
de realidad terrena tu mente vive ayuna.

Cuando al Gran Mandarín  
un átomo de polvo le manchó la pantufla,  
no supiste, ¡el primero!, su planta abanicarle.

Cuando el Gran Mandarín,  
con mano prodigiosa su kin pulsó inspirado,  
soñando en mariposas te olvidaste endiosarle  
y besar luego en éxtasis, de rodillas, su túnica.

¡Y, oh infortunio, oh lengua desdichada!  
Cometiste gran falta, irreverente falta:  
cuando el Gran Mandarín,  
del cielo oyendo el eco cantó felices odas,  
le importunaste torpe con llorosa indignancia,  
en vez de unido al coro cantar celestes dichas.

¿Cómo lograr así un globo en tu sombrero,  
ni esperar ver gaviota volar en tu chaqueta?

# POR LA ALAMEDA DE BAMBÚ

*A Yen Shih Ku, gran mandarín letrado,  
por la diminuta calabaza que me obsequiara  
dadivosamente en el Festival del Dios de la Cocina.*

Un sol de oro sonrío. Fresca está la mañana.  
De su sueño de jade despiertan las montañas.

Por el campo paseamos: Yuan Pei Fu en su jumento;  
yo a pie tras de su asno, también feliz, corriendo...

—¡Más aprisa, discípulo! —el Maestro me incita.  
Y yo salto hasta él, me abrazo a sus rodillas.

Él me acaricia entonces, tira de mi coleta;  
nos ven los arrozales al trote de su bestia.

Y alza a mi vista un dulce durazno de áurea carne,  
que una vez y otra ávido su diente sangrar hace.

A líricos deliquios mi espíritu se entrega  
viendo la plena dicha que a mi Maestro llena.

Y atrás quedo, bebiendo del campo las delicias...  
El asno trota, trota... ¡Qué risueña es la vida!

Se abre el paisaje como un mágico abanico.  
¡Son tan bellas las cosas que llenan el camino!

La campiña florece de almendros, limoneros,  
de garzas y de patos, cerezos, crisantemos...

En los altos bambúes que al aire suave ondulan,  
vuelos y trinos llenan el mundo con su música...

–¡Ah! ¿Sueñas, discípulo? –clama el Maestro– ¡Vamos!  
Despierto de mi ensueño y volando lo alcanzo.

Beso sus pies: él ríe... Se alargan sus pupilas,  
igual que el horizonte, en líneas infinitas.

Y de un crustáceo el hueso ya sin carne me alcanza;  
en la vacía concha relamo rica salsa...

Y otra vez detrás quedo, soñando en la campiña.  
El asno trota, trota... ¡Qué amorosa es la vida!

Así pasea plácido Yuan Pei Fu... Flota al viento  
la barba venerable que niévale en el pecho.  
Las brisas acarician su túnica de seda.  
De floridos manzanos grato aroma le llega.

–¡Vamos! ¿Duermes, discípulo? –Rendidos al cansancio  
cada vez más demoran mis pies en alcanzarlo.

Mas salto, corro, vuelo... Anhelante mi boca  
el ala de un capón ya espera milagrosa,

y llego a su jumento; mas nada mi hambre encuentra.  
Solamente un poema regala a mis orejas.

¿Es de burla? ¿Es de amor?... El viento entre las cañas  
hace coro al Maestro con júbilo de flautas.

Cantando viaja el río por huertos y colinas.  
Y el asno trota, trota... ¡Qué feliz es la vida!

## DOS QUEJAS

–¡Maestro, fiel te he sido!  
En los adversos días  
seguir me viste humilde tras tu raído manto.  
Cuando tu voz rezaba,  
mi alma en santo éxtasis oraba en tus palabras.  
En tus noches sin sueño vigilia fui a tu lado.  
En el desierto árido de tus penas fui eco.  
Hasta en la canga mi lealtad fue contigo...  
¡Maestro, fiel te he sido!

Ahora, en la opulencia, ante tu puerta espero.  
Extrañas gentes veo gozando de tu reino.  
Los que adversos te odiaron  
y de piedras punzantes sembráronte la senda,  
ésos disfrutan hoy tus bienes celestiales,  
¡y tu pobre discípulo olvidado en tu puerta!  
¡Maestro, fiel te he sido!

–¡Oh, mi ingrato discípulo! ¿Por qué, por qué tus quejas?  
Amor que se pregona ¿no en sí mismo se premia?  
Quien tuvo en la pobreza la lealtad por tesoro  
mírala en la abundancia cual fardo que molesta.

Me seguiste y amaste en horas de abandono;  
igual que un can famélico siempre te vi en mi puerta;  
lienzo fuiste en mis lágrimas,  
báculo de consuelo en mis tristezas,  
mi sola mano amiga hasta en la canga...  
¡Hijo mío, tu amor paciente es santo!  
Mas de un hombre ¿quién nunca sabe lo que ambiciona?  
Bien sé los que ahora con ardor tal me exaltan,

mañana una flor seca  
no habrán de deshojar en mi olvidada fosa.  
Pero débil mortal soy humano y sensible,  
y oh mi ingrato discípulo, oh mi ingrato discípulo,  
mientras esos jardines de loas me florecen,  
¡del rosal de tu genio un capullo no brota!

# EN LA MUERTE DE TIEN LO

Cuando murió Tien Lo mi corazón lloraba...

-¿Por qué sollozas, oh discípulo?

-¡Oh Maestro, Tien Lo ha muerto!

¡Tien Lo, mi amigo! ¡Tien Lo, mi hermano!

Aunque muy joven, ¡un apóstol!

¡Un hombre justo, un espíritu sabio!

-¿Y era sin experiencia?

-Como el ciruelo tierno, apenas florecido.

-¿Y era justo?

-¡Oh Maestro, muy justo!

-¿Y era sabio?

-¡Oh Maestro, muy sabio!

-¿Por qué entonces sollozas, oh discípulo?...

Ciruelo poco anciano

fruto en sazón de años no brinda prematuro.

Si Tien Lo era sabio, si era justo,

y era sin experiencia,

de ver más primaveras

¿quién habría afirmado que luego fuese el mismo?

De vivir más inviernos,

quizá, siéndole fiel, tú lo hubieras negado;

quizá, sin engañarte, él te hubiera engañado...

¿Por qué así lloras, oh discípulo?

Nada que hubiera sido ya no ha de suceder.

¡Tao te maravilla con la luz de un milagro!

Tien Lo muriendo ahora,

conforme a las creencias que creyente hoy tú amas,

ha salvado tu fe, y el mundo un santo gana...

¿Por qué sollozas, oh discípulo?

## UNA CANCIÓN PEQUEÑA

Sobre soberbia altura que al cielo desafía Yuan Mien Hsu  
alza al viento imperiales grandezas;  
por palaciegos títulos Yen Chih-fan, de peldaño en peldaño  
desgasta cortesano sus sandalias;  
del alba hasta la luna Lin Tai Pao, tras pregonado nombre  
como una campanilla sin descanso repica;  
por las brillantes pompas de mundanos salones  
Han Chi, en su túnica hinchado, de espejo a espejo  
agita sin cesar su abanico;  
y otros allá por vanas luciérnagas de humo angustian  
locamente su existencia.

Olvidado del mundo yo espigo ilusos sueños en  
tierra de belleza.  
Cuando las muertas ondas de las pálidas aguas los  
destinos nivelen,  
y del poder del Trono, de los regios birretes, de las  
pomposas túnicas,  
de los brillantes títulos que llenos de oropeles espejan  
las carrozas  
ya ni una nubecilla al paso el viento encuentre,  
de esta amarilla página donde en callada noche mi  
pincel silencioso dibuja caracteres,  
quizá si al horizonte inalcanzable, como una golondrina  
una canción pequeña aún sobre el tiempo vuele.

# EL PABELLÓN DE LOS SECRETOS

Li Kuei Yen es flexible como una rama de cerezo.

Ligera y grácil llega bajo la lluvia al Pabellón de los  
[Secretos.

Su voz gotea de su boca como la dulce miel de un  
[durazno maduro.

Beso la seda de sus párpados, el plumón de sus cejas, con  
[amorosos labios,

y ella me tiende nerviosamente al cuello sus dos brazos  
[desnudos.

Por entre sus pestañas sus pupilas brillantes fulguran  
[encendidas como dos negras gemas.

Me arrodillo a sus pies, desato sus sandalias, beso sus  
[hombros;

le hago en la nuca, debajo de su pelo, inocentes caricias.

Ella murmura con voz desfalleciente en apagada súplica:  
[«Déjame... déjame...»

Y luego, de repente, sus dientes diminutos una rosa de  
[sangre

en los brazos me encienden y rápida me esquivo.

Yo salto, la persigo y alcanzo, la beso y la castigo en  
[voluptuoso juego.

Poco a poco, cual caña de bambú vencida por el viento,  
[Li Kuei Yen se rinde a mis caricias.

Sus ojos agonizan en parpadeantes aleteos como dos  
[golondrinas.

Hasta que al fin los dos rodamos un solo cuerpo sobre la  
[blanda estera,

donde con labios juntos sellamos un secreto que en la  
[noche sorprenden

una rama curiosa de melocotonero que asoma en la  
[ventana

y la luna que ha entrado cuando la puerta el viento sin  
[discreción ha abierto.

## NOCHE DE TEMPESTAD

Los pájaros que pasaron en el alba ya no regresarán jamás.  
Ha cerrado la noche y aún sopla el viento helado.  
Mi melocotonero se ha rendido también al huracán.

El Pabellón de los Dorados Lotos donde ayer tejíamos  
[ensueños  
y Lay Sing, con túnica de luna cantaba a las estrellas,  
ha sido derribado por el viento y hoy no es más que una  
[ruina.

Ay, nada se escucha en torno que no sea el ríspido graznar  
[de los gansos salvajes.  
Nada los ojos ven en esta espesa noche sin horizonte.  
Desde sombríos cielos destilan las estrellas lágrimas  
[apagadas.  
¡Adiós, amigos! ¡Adiós, estanques encantados, canciones  
[amorosas, jardín de los ensueños!

Llamo desde mi kiosko a las sombras que pasan...  
Y nadie me responde ni yo conozco a nadie.  
¡Qué densa oscuridad cubre esta noche el desolado  
[parque!...

Cierro mis puertas. Buscaré mi pincel, el más fino y alado.  
Si sigue el vendaval y no amanece el alba,  
quiero que el dulce sueño me sorprenda esta noche  
[escribiendo un poema.

# UN POETA HA PARTIDO HACIA LAS FUENTES AMARILLAS\*

*A Emilio Ballagas\*\*, en el país  
de los helados bambúes.*

Era el más joven, y ya ha partido.  
Mensajero del iris en la región de atmósfera de barro  
[en donde desfallecen sin el vuelo las alas.  
Las praderas de sombras, el país de los blancos bambúes,  
[las Fuentes Amarillas,  
para sus ojos nítidos ya no tienen misterios.

Hoy junto al kiosko sólo la soledad mis pasos acompaña.  
Ya ni su risa, ni su canto infantil, ni su palabra trémula  
[enfloreceda de musicales ecos.  
Ante el cercano invierno sólo el otoño pálido volando  
[en mi camino conchas amarillentas.  
No era el trigal del viento, ni los terrestres ríos, ni la  
[misma ciudad, ni las creencias  
lo que en el ancho océano armonioso trenzaba nuestras  
[almas hermanas.  
Era la luz, la atmósfera impalpable, la clara tierra astral de  
[un universo inexistente.  
Apenas si en el breve segundo de la vida pudieron  
[estrecharse nuestras manos;  
pero él se ha ido, amarillo entre rosas, en su brumosa  
[barca de alas insondables,  
y hoy se abre ante mis ojos un mar de sombra en tan  
[inmensa soledad

---

\* Fuentes Amarillas. Expresión simbólica con que se designa al desconocido país de la muerte.

\*\* Emilio Ballagas (1908-1954). Uno de los grandes poetas cubanos del siglo XX. (N. del E.)

que a su sola presencia mi corazón naufraga.

Se alejó con voz de agua de estrellas, de luz de música  
[y presencias irreales,  
y la raíz de su voz, su espíritu, nacido de los celajes que  
[alimentan los sueños.  
Hoy toco su presencia en la noche infinita de latidos que  
[entre mis dedos dejan amargura de ausencia.

La helada que comienza mi sendero a emblanquecer  
[ya no es aquélla que viera retornar las primaveras.  
Todo ha empezado a enmudecer para el blanco silencio:  
[las flautas, las danzas, las manos, las canciones;  
recogidas en sus ecos, las caracolas líricas...  
¡Qué solo miro en torno amarillear los últimos rosales!  
Y uno ha partido, sobre mar espumosa de misterios, uno  
[ha partido.  
Ha partido ya aquél con quien en el invierno yo hubiera  
[querido dialogar calladamente sin pronunciar palabras.

# TRES CANCIONES JUNTO AL RÍO PIEN

*Para el sabio Maestro que otro invierno ha cumplido,  
junto al Pien rumoroso tres canciones escribo.*

## *El jarrón de los Tang*

Del tiempo de los Tang, como un tul, delicado,  
de frágil porcelana un bello jarrón tengo.  
El iris de un celaje le prestó transparencia,  
el mar en su canción le dio infinito acento...  
¡Del tiempo de los Tang un bello jarrón tengo!

Con kaolín de Szechuén se modeló su carne,  
dándole el más etéreo fulgor que tiene el cielo.  
Una gota de luna diole su irisdiscencia,  
y el volcán de Suchán en sople ardiente el fuego.  
¡Del tiempo de los Tang un bello jarrón tengo!

De Wang Wei y Taotzu evoca a los pinceles.  
De Li Po y Tu Fu la música de un verso.  
La gracia de su forma palpita sólo al tacto,  
igual que de una núbil doncella el tibio seno.  
¡Del tiempo de los Tang un bello jarrón tengo!

No sé qué artista anónimo lo decoró armonioso,  
grabándole en sus horas de febriles ensueños  
un paisaje de azules colinas donde un río  
copia en su transparencia de un fénix el vuelo.  
¡Del tiempo de los Tang un bello jarrón tengo!

Sobre el esmalte y oro que corren por sus flancos  
florecen en la tarde las ramas de un ciruelo,

bajo el cual pulsando el *kin* cinco doncellas  
ven pasar melancólicas crepúsculos y sueños.  
¡Del tiempo de los Tang un bello jarrón tengo!

¡Pero lo que ilumina con más amor mi alma  
en ese jarrón frágil que oculto al mundo tengo,  
es un risueño infante que en cielo de tormenta  
subiendo una montaña su flauta toca al viento!  
¡Del tiempo de los Tang un bello jarrón tengo!

### *Las tres doncellas de Kang Nan*

Vistiendo flotantes túnicas de gasa,  
bajo blanca luna tres doncellas pasan.

Digo a la más niña:  
«¡Tus ojos, muchacha de esbelta cintura,  
alumbran la noche como dos estrellas!»

Entre finas perlas juega su sonrisa.  
Pero sobre el busto sujeta su veste,  
y su paso aviva.

Digo a la más alta:  
«¡Oh, qué fresca fuente tu boca, doncella,  
para en esta noche apagar mis ansias!»  
Al temblor lunar su boca suspira.  
Pero sobre el talle más ciñe su velo,  
y pasa deprisa.

Y hablo a la más bella:  
«¡Por libar tus copas de mieles, oh hermosa,  
ponzoñosa abeja a tu seno vuela!»  
Y al cubrirse el seno,

su mano asustada la túnica suelta,  
alas le da el viento...  
Pero cuando espero sin velo mirarla  
se oculta la luna... y en la noche pasa.

### *La flauta rota*

En el Tai Shan sagrado florecía el cerezo.  
Bajo su copa en flor yo tocaba mi flauta.  
Por el blanco sendero que llevaba a la aldea,  
llena de luz de tarde se acercó una muchacha.

–¡Tardan en madurar los frutos del cerezo!–  
exclamó ella, lánguida, demorando su marcha.  
Su voz llenó mi oído de celeste armonía...  
Pero pastor de sueños yo soñaba en mi flauta.

–¡Ah, si alcanzar pudieran mis manos al cerezo!–  
En su agitado seno la sangre palpitaba.  
Pero en la tarde plácida, armoniosa de trinos,  
bajo el cerezo en flor yo cantaba en la flauta.

–¿No probaremos juntos el fruto del cerezo?–  
Llena de luz de tarde suspiró la muchacha.  
Su voluptuoso aliento embrujó mis sentidos...  
y por probar del fruto dejé caer mi flauta.

Y cuando ya en la noche, del fruto del cerezo  
grávido el tibio seno se alejó la muchacha,  
su boca enflorecía de canciones la senda...  
y en el polvo quedaba sollozante mi flauta.

## CINCO AMIGOS

### TSENG YUANG FU, ILUSTRE FUNCIONARIO

Mi amigo Tseng Yuang Fu, aunque de ingenio escaso  
al cabo un hombre era.

Cantaba, sonreía, volaba sus cometas.

Si al verlo en el mercado alguien lo saludaba:

«¡Salud, oh Tseng Yuang Fu! ¿Ya comiste tu arroz?»

Mortal infortunado Tseng Yuang Fu respondía:

«¡Oh amigo, aún mi taza de arroz distante anda!»

Y en busca de su arroz presuroso seguía.

Pero propicias brisas le fueron desde el Trono.

Y Tseng Yuang Fu, olímpico, vistió de rica seda,

collar colgó en su cuello,

dejó alargar sus uñas;

revistiendo grandeza

ornó su rostro inocuo de respetable barba;

y hoy grave en la elevada sapiencia que le alumbra

mirar al pobre mundo apenas si se digna.

Y sin embargo, oh cielos,

¿no cambiando de seso Tseng Yuang Fu en qué cambia?

Pues no obstante sus títulos,

su vientre de arroz lleno,

sus altas dignidades, sus uñas, su carroza

y el olímpico trono del cual al mundo hoy mira,

aunque escaso de ingenio

mi amigo Tseng Yuang Fu al cabo un hombre era...

¡y hoy es sólo una barba!

## MI AMIGO LI TSIEN TAI

Mi amigo Li Tsien Tai predica rebeldías.  
Con puño y ceño adustos y turbulento verbo  
por salones y plazas a un nuevo cielo guía.  
La divina hermandad en la tierra propugna;  
hierve su corazón si una chinche alguien pisa.  
Y así por la verdad y la santa Justicia  
mi amigo Lo Tsien Tai, un hombre de su tiempo,  
rebeldías predica.

Mas cuando ingratos llegan azarosos momentos  
en que severa asoma la pena de la canga  
y el palaciego cargo amenaza su mesa,  
Li Tsien Tai en el cuerpo siente holgada su túnica;  
como en nevado invierno gime, sufre, tiritita;  
tal un mago su espada, Tsien Tai su lengua traga.  
Si un infeliz entonces su faro de luz busca,  
su iluminada mente ya no encuentra encendida.

Pero si surge en lo alto iris de paz y hermanos  
en el divino olimpo los dioses armonizan,  
y el castigo del palo se aleja de su espalda,  
y el palaciego cargo no achica su cocina,  
entonces Li Tsien Tai, un hombre de su tiempo,  
viril, austero, heroico, alumbra su garganta,  
¡y al mundo otra vez, épico, incendia en rebeldía!

## MI AMIGO TU LI MING

¡Ah, mi amigo Tu Li Ming es mi amigo!  
El pan de su esperanza conmigo hermano parte;  
con sacrosanto amor comparte igual su pena;  
me adora y enaltece y en su éxtasis me llama

«flor de durazno mística», «puro loto divino».

–Hermano celestial –en su arrebató grita–,  
tu santo aliento purifica la tierra;  
pues no eres como tanto herético encumbrado,  
que si hinchado de oro con luz santa no brilla.  
¡Ah, mi amigo Tu Li Ming es mi amigo!

Mas en días de ayunos  
a casa de Tu Li corro en súplica ardiente:  
¡Tu Li Ming, abre pronto, por piedad, desfallezco...!  
–Mi santo hermano –díceme mientras sus puertas cierra–;  
espera que primero a mis ancestros ruego.  
–¡Oh amigo Tu Li Ming,  
largos son tus ancestros y cortos mis suspiros!  
–Ah, mortal desdichado –repréndeme severo–;  
¡para luz de tu gloria ahora yo ruego al cielo!

Y espero en vano, espero que mi ferviente amigo  
de mi angustiada carne un momento se acuerde...  
¡Ay, Tu Li Ming primero ganarme el cielo quiere!

Mas si escucha rodar brillante la carroza  
uno de esos mortales que en negación impía  
en vez de un limbo místico  
poder del Trono tienen, o afilada una lengua,  
mi amigo Tu Li Ming de su fervor se olvida,  
corre tras el sacrílego, el camino le alfombra  
y amable, sahumante, el vino le calienta.

¡Ah, Tu Li Ming, grande hermano celeste!  
No obstante las palabras de amor con que me enojas,  
perlas tan celestiales cambiaría gozoso  
por ésas menos puras que al maligno le ofreces.  
Poder quiero tener, o procaz una lengua.  
Bájame de esos cielos de gloria en que me adoras;  
no importa que mi genio pase mañana o quede;

mas ábreme las puertas que a mi virtud hoy cierras,  
y ámame como a tanto a quien no amando temes.

## MI AMIGO LIU PO CHENG

¡Ay, Liu Po Cheng no recuerda!  
Ayer de Chou, de Wei, de tanto poderoso,  
cada uno a su turno, servicial cortesano,  
feliz en tren de lujo rodaba su carroza.  
Mas hoy al ver que Sung los favores le niega,  
con voz de roja cólera al sordo cielo llama:  
–¡Oh, pobre tierra! –grita–. ¡Oh, crimen de los hombres!  
¡Bacanal y deshonor!  
¡En lo alto, oro, sedas, impúdicas orgías,  
y abajo un pobre pueblo cargando triste infamia!  
Ven junto a mí –me dice–; tú que puro has vivido  
y alma grande te alienta;  
ven, y al pueblo infeliz libremos de tiranos.

–¡Ah, Liu Po Cheng –respóndole–, tu mente no recuerda!  
Así fue ayer, y antes de ayer, y esta mañana.  
Pero ahora en la tarde, después de untuosas loas,  
cuando de Sung soberbio no logras la sonrisa  
es que tu boca abres,  
y soplas contra el cielo implacable tu ira.

Así no hablabas antes,  
cuando el pueblo sumido, como hoy, en deshonor,  
impotente miraba palaciegas orgías...  
Entonces tú pasabas cantando en tu carroza.

Amigo Liu Po Cheng, memoria fiel no tienes.  
Sabio en los días grandes,  
tan pronto el infortunio amenaza tu vientre

tu saber ya se apaga.  
Ay, en los reveses tu palabra no es cauta.

Espera hasta la luna.  
Pues quién sabe Po Cheng si antes de que anochezca,  
mientras por duras piedras aún sigan mis sandalias  
y abajo el pobre pueblo aún gima miserable,  
tú al fin también de Sung logrados los favores,  
retornes a rodar cortesana carroza,  
cantando junto al Trono tal como hiciste antes.

¡Oh amigo Liu Po Cheng, vuelve a calma... y recuerda!

## EL CAUTELOSO PAI CHUNG

De todos mis amigos Pai Chung es el más cauto.  
Mientras otros divagan o vuelan sus cometas,  
al parecer ausente Pai Chung la sombra busca.  
¿Es que místico anhela el búdico nirvana?  
¿Sueña como un poeta jardines, en la luna?  
¡Pai Chung en tan astrales planetas no se pierde;  
con ojos penetrantes que hasta al buitre da envidia  
ve al pez bajo el agua y crecer el ciruelo!

Y así cada mañana antes que el sol despierte  
y el temprano renuevo florezca en la alta rama,  
Pai Chung hacia Palacio velozmente ya vuela,  
a ver qué mortal sube, o de lo alto descende.  
Pues en el mar revuelto de la vida no quiere  
ser último en el beso ni tardo en la condena,  
y en una mano lleva el incienso que endiosa,  
y en la otra, oculta en rosas, enemiga la piedra.  
¡Ah, de mis amigos, Pai Chung es el más cauto!

# TRES EPÍSTOLAS\*

## EL CIRUELO FLORECE

*(Primera epístola al Maestro)*

Hasta tu regio predio, donde hoy ves en tu mesa  
con almendra el faisán y el pato en salsa dulce,  
va esta carta, Maestro, que mi pincel ya empieza...

Sé que vives tus días cultivando lechugas,  
nutriéndote en el mismo pezón de gordas ubres,  
harto de vinos gratos y doncellas robustas.

¡Que el obeso Pu-tai\*\* aún te sonría, oh Sabio!  
Que ricos de placeres, como el Yang-tsé, por siglos  
se deslicen tus días, apacibles y largos.

¿De qué vale existir si adversa y borrascosa  
su vida el mortal lleva? ¡Feliz tú que tranquilo  
bajo nubes propicias del buen vivir hoy gozas!

---

\* Las tres cartas que traducimos pertenecen a una serie que haría interminable este volumen. Unas se refieren a casos íntimos, personales: súplica de un cargo, dación de gracias por el obsequio de un pescado o unas calabazas, o algún leve comentario sobre un suceso o un amigo. Hay una hermosa carta, sin embargo, de indudable interés. En ella se relatan regocijados episodios ocurridos durante el reinado de Kao Hsichich, epicúreo emperador que sucediera en el trono de Catay al nebuloso anciano Wang Shao Ming (carta III), iniciando así el reinado de Las Nubes Sonrientes. Lamentamos privar al lector del placer de su lectura, ya que esa epístola aparece en gran parte mutilada, obra acaso de una mano criminal, o quizá débese al hecho de que el autor, por desconocidos motivos, la dejó sin concluir.

\*\* Pu-tai. Regocijado dios chino de la sensualidad.

Lejos aquellos tiempos que en soñar ilusorio  
un cielo predicabas... ¿Qué mal o bien tú hacías?  
¡Ah, quién sabe Maestro el destino de todo!

Sin embargo, gran bonzo, bien que hicieras, o males,  
¿qué importa si diverso destino en cada vida?  
¡Mientras otros huesaron, oh Sabio, tú engordaste!

¿Fue acaso por tu culpa? Cada naturaleza  
–insectos, aves, plantas, reptiles, los humanos–  
aunque en igual función en su esencia es diversa.

¡Y cuán nos engañamos, oh Yuan Pei Fu! A veces  
tú mismo te creíste un sueño en el espacio,  
un celaje en lo etéreo... olvidando tu vientre.

Mas ¿quién sobre sí mismo no formó juicio incierto?  
Mirando obtuso el hombre más que adentro hacia afuera,  
siempre ve en ojo ajeno lo que en propio no vemos.

¿Y qué mal si dejaste por rasa arcilla el cielo?  
Abnegado en la santa beatitud de tu prédica,  
si hoy tu estómago ríe... ¡nadie sabe a qué precio!

Ah, tantas cosas gratas escribirte quería,  
y desborda mi epístola sólo torpes palabras...  
¡Oh grande Yuan Pei Fu, tal nos burla la vida!

Nos burla, y la burlamos... Pues también, sin sentido,  
brizna leve en el piélagos que a la existencia arrastra,  
jugamos con palabras... y a la vida mentimos.

Mas yo espero que un día, Maestro venerado,  
mi pincel perezoso menos torpe se muestre  
y pueda alada, lírica, trazar feliz mi mano

conceptos que a tu oído cosas más bellas lleven.  
Pues henchido de savia, maduro por los años,  
aunque en tardío brote mi ciruelo florece.

## LA RASURA DE LAS TRENZAS Y LAS BARBAS\*

*(Segunda epístola al Maestro)*

En la Corte de Ching ya no hay coletas.  
Maestro, triste mi pincel solloza.  
Ya no lucen los hombres largas trenzas.

Feliz tú que en retiro sosegado  
puedes vivir en placidez dichosa,  
no teniendo que ver varones sabios,

ayer de hermosa trenza y barba nívea,  
y hoy desnuda la faz, sin viril pelo,  
como aterciopeladas danzarinas.

Y así ocurrió lo que mi mano hoy narra:  
Ya en signo de vejez, sin un cabello  
quedó el Hijo del Cielo una mañana.

Y al mirar del Augusto el cráneo mondo,  
los fieles palaciegos al instante  
clamaron a sus pies todos a coro:

«¡Oh Majestad, cortadnos las coletas!»  
Aún quedaban con barbas venerables

---

\* No nos atrevemos a autenticar la historicidad de los hechos que narra este poema. Acaso no sea más que imaginativa fábula sobre la incondicionalidad cortesana que era costumbre observar en la Corte del Dragón.

los que rasas tenían sus cabezas.

¡Mas luminosa providencia! Y dijo  
el anciano de más sabiduría:

«¡Todo al divino vientre sacrífico;

trenza no tengo pero tengo barba...!»

¡Ay dolor al mirar de sus mejillas  
caer las nieves de su barba inmácula!

Ante holocausto tal de amor devoto  
¿qué mortal sin que ya no fuera crimen  
pudo un cabello revelar al Trono?

Los monjes de Lo Yang dieron sus cejas;  
la espesura Tao Ling de sus narices,  
¡y hasta Tung Chou el bosque de su oreja!

Y en la Corte de Ching ahora no hay barba.  
Todo varón de pelo está desnudo.  
Sólo el Hijo Celeste hoy ve con júbilo  
brillar su ombligo entre espesura santa.

## NOCHE DE LAS ESPADAS\*

*(Tercera epístola al Maestro)*

No por perdiz, tortugas, huevos salados, nidos,  
¡que en manjares diversos es pródiga tu huerta!,  
sino por tu salud, Yuan Pei Fu, hoy suspiro...

---

\* Narra mi desconocido antepasado en esta epístola algunos de los sobresalientes sucesos acaecidos durante la gobernación del anciano Wang Shao Ming, cuyo período gobernante aparece registrado en remotos anales chinos bajo el simbólico nombre de Florido Reinado Amoroso.

Contarte además quiero sucesos cotidianos,  
no por diarios, corrientes, acaso intrascendentes;  
si son intrascendentes es porque son a diario.

¡Tantas cosas hoy pasan que no ven tus pupilas!  
¡Cambios tan sorprendentes!... ¡Wang Shao Ming subió al  
[Trono\*

Vuelan cohetes, loas, antorchas y sonrisas...

Como el Pe Kiang se hincha desbórdase el contento.  
La ciudad reverbera con cantos y linternas;  
mas el cisma ya anuncian los muchos herederos.

En los celestes prados otros soles fulguran.  
Todo el reino florece de arcos armoniosos.  
Bocas ayer rivales de un tazón comen juntas.

¡Mas también cuántos túmulos! ¡Cuánto ídolo por tierra!  
El ilustre Kuo Hsi ya no rueda carroza,  
y a su paso Cheng Cheng homenaje hoy no encuentra.

El gran Kan de Hsian-fu, invitado a Palacio,  
dijo al llegar: «¡Miradme! ¡Mis estrellas refulgen!»  
Tosió, ensanchó el tórax y ascendió a grandes pasos.

Pero luego al bajar, renqueando, con voz tímida,  
eclipsados sus astros al gran Kan suplicaba:  
«Sostenedme, yo muero, se doblan mis rodillas...»

---

\* Wang Shao Ming. Desde Sze Ma-chien, el llamado Herodoto asiático, a los más sabios eruditos de la última dinastía manchú que reinara en el Celeste Imperio, hemos consultado los Anales de los más ilustres historiadores amarillos, sin que hayamos podido identificar documentalmente los verdaderos nombres de los personajes que aquí aparecen. Deducimos por ello que, por razones de censura o de otra naturaleza, aunque históricos los hechos, tales nombres son supuestos.

La espada de Kung Li al chocar con la alfombra  
se quebró entre su vaina... ¿Quién eso pensar pudo?  
¡Acero tan temible más débil que una hoja!

Y ayer brillante, épica, amenazando al cielo  
como la de Hu-hupilié\*, que cortando la luna  
terror santo inspiraba... y hoy sonrisas, Maestro.

Pero eso Lin Ling-su\*\*, espejo de prudencia,  
cuando a la Corte llega –¡maravilla de tacto!–  
en lugar de las nueve hace diez reverencias,

despliega su abanico y refresca la atmósfera;  
no pisa apenas, nada, su voz aterciopela  
y envuelve cauto el sable en pétalos de rosas...

¡El astro de Fung-lo\*\*\* ahora no es el que brilla!  
En cambio Vu San Kuei que erraba en mundo opaco,  
hoy, Señor de las Nubes, con el sol rivaliza.

---

\* Nombre chino del conquistador mongol Kubilai Kan, también llamado Yuan Chi Tsu.

\*\* Eran nueve las reverencias que en el ceremonial palaciego se rendía al Hijo del Cielo. Es de admirarse la cortesanía de este personaje que le rendía diez a la Sagrada Presencia.

\*\*\* Fung-lo. Figura cautelosa y singular en la historia de Catay. Ya finalizadas estas versiones (1950), una fragmentada crónica encontrada entre los amarillentos legajos, que aún quedan por traducir, nos revela sorprendentes hechos de su vida. Se cuenta en esa mutilada página, cómo después de haber abandonado un día el cetro imperial, este fabuloso personaje, nostálgico acaso del poder que ejerciera largos años, sorpresivamente atravesó la Gran Muralla, destituyendo del Trono del Celeste Esplendor al confiado emperador Kao Hsichich, hecho ocurrido, dice un dístico de esa crónica,

*cuando amorosa luna en el jardín celeste  
cerrando su abanico lánguida parpadeaba.*

Metáforas chinas que hacen pensar al doctor Chung Yu, eminente erudito a quien hemos consultado al efecto, que tal suceso histórico, a juzgar por ese dístico, es posible que se haya realizado al indeciso resplandor de una brumosa madrugada.

Y más que Timurleng, en épicas hazañas  
cada día esculpiendo inmortal epopeya,  
en batallas de humo laurel propicio gana.

¡Cuán mudable la suerte! ¡Oh, existencia insegura!  
¡Sólo el correr de un día y cuánto rumbo incierto!  
¡Cuán cambiantes los hombres en la varia fortuna!

Más lejos, oh Maestro, banal filosofía.  
¿Por qué grave el pincel si indiferente, plácida,  
la vida corre igual, como todos los días?

Las mismas rosas; altos el arroz y el pescado.  
Todavía mi mesa sin vinos ni volátiles.  
Los mismos falderillos en las calles ladrando.

Y la severa secta de los Yuan, que un tiempo  
gritaba: «¡Sacrilegio! ¡Se peca en la Pagoda!»,  
y la hoguera pedía rogando a sus ancestros,

después de misteriosos rituales en la Corte,  
ante toda herejía ya cierra boca y ojos  
y en prodigios celestes ve engordar sus zurrones.

Y Kuo Hsing el censor, que ardiendo en santa ira  
contra las corrupciones del mundo se indignaba,  
aun el censor severo palanquín tiene y villas.

Y Liu Liang y Pai Yu, del vivir esos genios,  
de todo culto, rezos; de toda loa, voces;  
siempre buscando altares donde ofrendar incienso.

Oh, tiempos... Ya no hay cielo. Todo tierra inspira.  
Las nubes bajo vuelan, con las manos se tocan...  
¡Hasta los monumentos en los parques se achican!

¡Ay, triste esquila, Maestro! ¡Oh, misterio celeste!  
Tai Wei ya no respira: con muerte equivocada  
tropezó una mañana... ¡y enterráronle en héroe!

Yuan Pei Fu, largo he sido, mas ya pongo silencio...  
¿Son dulces tus melones? ¿Grandes tus calabazas?  
¿Hay truchas en tu río? ¿Gallina en tu caldero?...  
¡Cuánto cuesta en la vida alcanzar dicha tanta!  
¡Feliz tú que sin culpas, de austera vida ejemplo,  
hoy puedes ver tus naves bogar en la abundancia!\*

---

\* Como hemos aclarado en el prólogo, no sabemos cuándo ni en qué circunstancias fueron escritos los poemas que integran este volumen. No obstante sus coletas y túnicas mandarinescas y la amarilla atmósfera mongólica en que personajes y acontecimientos se desenvuelven, quizá no esté de más insistir en que cualquier similitud que alguien pudiera ver entre estos hechos y el mundo actual que nos rodea es simplemente poética coincidencia, producto acaso de la universalidad con que salvando espacio y tiempo parecidos sucesos y figuras se producen en la vida.

# YUAN PEI FU DESPIDE A SU DISCÍPULO

*Cuando un pájaro está a punto de morir,  
sus notas son tristes; cuando un hombre está  
a punto de morir, sus palabras son buenas.*

DE LOS DIÁLOGOS DEL LUN YU

¡Oh discípulo,  
por vez postrera alcánzame la pipa!

No la de jade;  
aquella amarillenta de suave marfil viejo.  
La que junto conmigo en lejanas mañanas  
escuchara el gorjear de las aves cantoras;  
la que vio florecer cien veces mi ciruelo;  
la que te vio crecer como un arbusto tierno,  
la pupila asombrada  
y el alma ingenua, simple, como un libro de cuentos...

¡Oh, discípulo,  
por la vez última, alimenta mi pipa!

Como claro arroyuelo tu niñez yo vi alegre  
saltar entre las piedras.  
Todo cantar te hacía:  
la luz, la lluvia, el aire, las viejas porcelanas,  
las linternas, la música, los perros de ojos tristes,  
el vuelo de los pájaros por sobre los pinares,  
el color y el perfume en flor de los duraznos,  
el andar y el gozoso reír de las muchachas...

¡Ah, discípulo,  
por la vez última alcánzame la pipa!

No la de plata;  
aquélla, la que guarda color y olor de tierra  
y sabor más amargo;  
la que siempre conmigo junto a la lamparilla  
vio pasar hombres, días, como volutas vanas;  
la que me vio aspirar en prisas impacientes  
los afanes más puros;  
la que engañosa me hizo ver fulgores de auroras  
donde tan sólo había gris opaco de humo.

Deja ahora, hijo mío, que acaricie tu frente.  
Has crecido, has amado, has soñado y vivido;  
mas tu fruto de vida es todavía amargo:  
porque el fruto más dulce no ha de ser árbol joven  
sino aquél que rugoso ya ha florecido en años.

Pero en tanto, oh discípulo,  
goza del sol, del mar, del aire y de la tierra;  
ámalo todo y nada odies, nada te asombre,  
que en toda dicha hay pena,  
que en toda risa hay lágrimas,  
y en todo lo creado, junto a la gris arcilla  
hay también lo divino.

Y nada contra el cielo tu mano nunca arroje.  
Nada tanto te inquiete que tu paz dulce amargue:  
corrí, llamé, busqué, sueños forjé, grandezas...  
Mas desnudo cual vine la gran sombra me espera.  
Mientras más logra el hombre más parco se hace en dones:  
nunca más rico se es que pobre de riquezas...

Y sé humilde, hijo mío, sin inútil orgullo;  
la humildad da la dicha.  
Sé como esas piedras de los ríos  
que cantan al saltar en la corriente,

pulidas, lisas, llanas  
de tanto naufragar, rodando siempre.

Y si barrera alta tu camino detiene,  
nada intentes forzar, bordea la muralla;  
nada derriba el hombre que después no levanta.  
Y no preguntes, nada interrogues, discípulo;  
nada responde a nada.

Prudente en las palabras y cauto en la conducta,  
cual pez de muchos mares  
bajo aguas diversas procura ser distinto;  
mas vario, multiforme, sé uno en la existencia:  
todo cambia en lo externo, no en su naturaleza.

Hoy despiertan tu mente tempestades de llamas  
–monzones de palabra que ruedan por los días–,  
yo también, hijo mío, rodé con la tormenta;  
y almas extrañas vi, conocí cielo y tierra...  
Como la mar sus perlas, vivir me dio experiencias,  
y rico en dones ácidos encontré mi ciruelo...

Mas el fruto maduro de la sabiduría  
no es el que milagroso en huerto ajeno alcanzas,  
sino aquél que en dolor del propio vivir nace.  
Aunque un día sabrás que nunca nada sabes.

¡Ah discípulo,  
por vez postrera alcánzame la pipa!

Deja ahora por último que apure aquella leve  
de espuma y luz de ensueños.  
Y escúchame, discípulo:  
si un alba clara y limpia ve un día tu mirada,  
salúdala con júbilo y ama esa hermosa aurora.

Tal vez si hay sueños ciertos...  
¡O quizá qué milagro puede hacer la esperanza!

¡Ah discípulo,  
por la vez última alimenta mi pipa!

Ahora dame esa caña quemada por los años,  
la que ya sólo tiene sabor leve a ceniza;  
la que más sol ha visto morir tras la colina,  
y bajo el cielo ancho  
vio perderse en el viento como nubes fugaces  
el río de los hombres y los días estrechos.

Con ella en paz serena  
mis ancianas pupilas seguirán tu partida;  
aunque lejos estés te verán cerca siempre.  
Y cuando helado el viento tu tumulto ya apague  
y en tierra ingrata, estéril, secos rueden tus sueños,  
contigo llorarán sus lágrimas más íntimas...

Pero si en un prodigio cantando tú regresas  
se alegrarán al verte, y de nuevo contigo  
el vuelo de los pájaros verán en los pinares  
en las tardes de oro, cuando cantan los sauces.  
El vino estará fresco debajo del ciruelo,  
perfumado de rosas y flores de cerezo.  
¡Oh discípulo, todo, todo será lo mismo!

Mas si acaso ese día  
no respondo, discípulo, a tu dulce llamado,  
es que el sueño infinito llegó sobre mis párpados...  
Entonces, hijo mío, sin lágrimas estériles,  
con manos amorosas búscame tierra leve,  
de verdes hierbas cúbreme y déjame que duerma.  
Pero nunca tan hondo que en esa paz no escuche

el vuelo de las aves,  
una canción que sueña  
reír la primavera,  
llorar el triste invierno y el afán de los hombres.  
¡Porque en todo estaré despierto eternamente;  
porque todo aún lo amo!  
¡Ay, discípulo,  
no obstante sus tristezas, vivir, vivir es dulce!  
No hay, como la muerte, un pesar más amargo.  
Ah, discípulo amado, humano he sido.  
Más que otro mortal, hijo mío, a mí ámame;  
mas no pienses que he sido ni mejor ni más alto:  
hecho de arcilla y luz tuve también flaquezas,  
y como humano supe de virtud y pecado.

Mis pupilas se apagan.  
Mi mano apenas puede sostener ya la pipa.  
Calienta en esa llama  
esta postrera gota que por mi barba corre...  
¡Ay, recuerda y ámame, amoroso discípulo!  
En tu memoria guárdame,  
cuando leve del agua, de la tierra y del fuego,  
cual la mies a la siega ya estén tus largos años;  
cuando ya no te turben tumultos de palabras,  
ni las voces del viento,  
ni un rumor de hojarascas...

Anda, anda ya, hijo mío.  
Levanta, vive, sueña, niega, afirma, destruye.  
Y cuando de tus fiebres adiós, fe, ni amor queden,  
al ciruelo regresa.  
Aquí estaré esperándote, debajo de sus ramas,  
en la sombra sin sombra del camino más largo...

¡Oh discípulo, baja ya esa esterilla, y parte...!

## OFRENDA ANCESTRAL

¡OH, YUAN PEI FU! ¡OH, DISCÍPULO!

Hasta aquí traducidos los borrosos manuscritos que dejara mi venerable antepasado. Doquiera duerman sus helados huesos, dñles sombra de paz las ramas florecidas de su amado ciruelo. Séanles también pura el agua, nutricia, cual la leche de nieve de la aurora en el temprano amanecer; vivificante el fuego, como la luz del astro que fecunda la tierra; perfumada la brisa, como en las noches tibias al florecer de los cerezos; frescas las rosas; armonioso el canto de las vírgenes; alto el vuelo de las aves; sereno y sonriente el juicio inseguro de los hombres; eterno y reposado el sueño...

He cumplido. Gozosamente agradecido al cielo por los días de luz con que llenó mis ojos, hizo sutil mi mano, calmó la sed y el hambre de mi boca y pobló de bellezas las fiebres de mi espíritu, en filial devoción aquí me inclino, oh Yuan Pei Fu, oh discípulo; los dos amados, desconocidos y perdidos en el largo fluir de mis lejanos ancestros. Ésta es mi ofrenda. Humilde y leve, pero humeante y tierna como un tazón de blanco arroz: ¡A la fugitiva eternidad con que conserve el tiempo vuestras borrosas memorias!

# ÍNDICE

<i>Regino Pedroso</i> por Manuel Díaz Martínez . . . . .	7
El Ciruelo de Yuan Pei Fu . . . . .	13
<i>Prólogo</i> . . . . .	19
El maestro. . . . .	27
Los caballitos de Tai Ping . . . . .	29
Tres dioses . . . . .	32
Enseñanza dialéctica . . . . .	33
La feria de Tien Sing . . . . .	35
El héroe de Tsing Tao . . . . .	36
Hsai Hsun, asceta rígido. . . . .	37
El caimán de Fung Tien. . . . .	38
En un puente del Liao. . . . .	39
Las hordas de Pei Yang . . . . .	41
Vuelos de mandarines . . . . .	43
Retorno de mandarines. . . . .	45
Li Tzu Chang, sabio austero y filántropo. . . . .	47
El abanico de las mil joyas . . . . .	49
El bonzo de Sin Feng . . . . .	51
Confusión imprudente . . . . .	52
El lama de Tu Fan . . . . .	53
Mulán es perro callejero. . . . .	54
Liu Yen, gran hereje . . . . .	56
Los titiriteros de Si-ngan-fú . . . . .	58
La divina tortuga. . . . .	59
Visita inoportuna . . . . .	61
La exquisita amiga . . . . .	63
El junco de Ti Fan Cheng . . . . .	65

El anciano de la puerta del tiempo . . . . .	66
Ruinas ilustres . . . . .	68
Fan Chih y el buda de dos caras . . . . .	69
La profecía del santo de Hu-Pe . . . . .	70
Yuan Pei Fu hace el milagro de las jorobas de los camellos . . . . .	72
Canción para dos agonías . . . . .	76
Yuan Pei Fu entra en la Áurea Pagoda . . . . .	77
El pabellón de los tres jades . . . . .	79
El jardín de los seis pétalos . . . . .	80
Dación de gracias a un mandarín . . . . .	81
Yuan Pei Fu enseña anales . . . . .	82
Torpezas cortesanas . . . . .	84
Por la alameda de bambú . . . . .	86
Dos quejas . . . . .	88
En la muerte de Tien Lo . . . . .	90
Una canción pequeña . . . . .	91
El Pabellón de los Secretos . . . . .	92
Noche de tempestad . . . . .	94
Un poeta ha partido hacia las Fuentes Amarillas . . . . .	95
Tres canciones junto al río Pien . . . . .	97
Cinco amigos . . . . .	100
Tres epístolas . . . . .	105
Yuan Pei Fu despide a su discípulo . . . . .	113
<i>Ofrenda ancestral</i> . . . . .	118

COLECCIÓN  
PALIMPSESTO  
TÍTULOS PUBLICADOS

1. ALBANO MARTINS  
**Vertical el deseo**  
*Traducción de A. M<sup>a</sup> García López*
2. JOSÉ JUAN TABLADA  
**Un día ... / El jarro de flores**
3. ANTONIO PORCHIA  
**Voces**  
*Selección de Francisco José Cruz  
Texto preliminar de Roberto Juarroz*
4. ROBERTO JUARROZ  
**Poesía vertical. Dieciséis poemas**  
*Estudio preliminar de Laura Cerrato  
Epílogo de Jorge R. Padrón*
5. EUGENIO MONTEJO  
**Adiós al siglo XX,**  
*precedido de El taller blanco  
Entrevista de Floriano Martins*
6. JAVIER SOLOGUREN  
**Poemas**  
*Prólogo de Jorge Rodríguez Padrón*
7. JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ  
**Aire sobre el aire**
8. ANTONIO RAMOS ROSAS  
**El arco de hojas**  
*Traducción y entrevista de E. Montejo*
9. GUILLERMO SUCRE  
**La segunda versión**
10. RAFAEL GUILLÉN  
**Doce poemas cardinales**
11. **Poesía de la intemperie**  
*Selección poética de letras flamencas  
Edición de Francisco José Cruz*
12. ROBERTO JUARROZ  
**Décimo cuarta poesía vertical.  
Quince poemas**  
*Prólogo de Laura Cerrato*
13. FABIO MORÁBITO  
**El buscador de sombras**  
*Entrevista de Francisco José Cruz*
14. ANTONIO DELTORO  
**Poemas en una balanza**  
*Selección y entrevista de F. J. Cruz*
15. VIRGILIO PIÑERA  
**Vida de flora y otros poemas**  
*Selección y prólogo de M. Díaz Martínez*
16. HUMBERTO AK' ABAL  
**Todo tiene habla**  
*Selección de Francisco José Cruz  
Prólogo de Mario Monteforte Toledo*
17. JOSÉ MANUEL ARANGO  
**La sombra de la mano en el muro**  
*Antología personal*
18. CARLOS GERMÁN BELLI  
**¡Salve, Spes!**  
*Prólogo y epílogo de Óscar Hahn*
19. MARÍA MERCEDES CARRANZA  
**La Patria y otras ruinas**  
*Selección de Francisco José Cruz  
Entrevista de Sandra Martínez León*
20. PEDRO LASTRA  
**Datos personales**  
*Selección y entrevista de F. J. Cruz*
21. MARIO RIVERO  
**Poemas urbanos / Vuelvo a las calles**

22. ÓSCAR HAHN  
**Flor de enamorados**

23. CARLOS PEZOA VÉLIZ  
**La vida es así**  
*Prólogo y selección de Óscar Hahn*

24. SERGIO SANDOVAL  
**Guitarra del horizonte**  
*Prefacio y selección de Eugenio Montejo*

25. **Poesía de la intemperie**  
*Selección de coplas flamencas*  
*Edición de Francisco José Cruz*

26. REGINO PEDROSO  
**El ciruelo de Yuan Pei Fu**  
*Poemas chinos*  
*Edición de Manuel Díaz Martínez*

Se dio fin a la impresión  
en la milenaria Ciudad de Carmona  
el día 30 de enero de 2011,  
vigésimo primer aniversario de la colección  
PALIMPSESTO



de caer y daba sus más fieros coletazos, Pedroso publica su primer libro, *Nosotros*, de diáfano mensaje comunista, motivo por el cual la policía secuestra la edición, de la que sólo circularán, clandestinamente, contados ejemplares. Además de este emblemático poemario, la obra pedrosiana en verso la componen: *Antología poética 1918-1938* (1939), *Más allá canta el mar...* (Premio Nacional de Poesía y editado por Manuel Altolaguirre en su imprenta habanera La Verónica, 1939), *Bolívar, sinfonía de libertad* (1945), *El ciruelo de Yuan Pei Fu* (1955); *Poemas* (prólogo de Nicolás Guillén, 1966), *Orbita de Regino Pedroso* (prólogo de Osvaldo Navarro, 1975) y *Obra poética* (prólogo de Félix Pita Rodríguez, 1975). A estos títulos hay que agregar su ingente obra periodística, sus cuentos y sus crónicas de temas históricos.

Quizás *El ciruelo de Yuan Pei Fu* sea el libro más excéntrico de la poesía cubana. En él se fusionan la sangre china que corría por las venas de su autor, la inveterada inclinación de éste al esteticismo y el exotismo modernistas –herencia parnasiana– y el escepticismo que lo embargaba en una Cuba que él percibía política y moralmente decepcionante. La necesidad de exteriorizar su escepticismo la satisfizo el poeta, con incisivo humor y no poco sarcasmo, en los diálogos entre el pragmático preceptor Yuan Pei Fu y su cándido discípulo.

La colección Palimpsesto publica por primera vez en España este singular y casi olvidado libro de Regino Pedroso.

*Obedeciendo a su armonioso sentido del vivir, [el chino] ve el eterno carrousel de la vida tal como es, lo comprende, y sabiéndose él también regocijada marioneta en la farándula, abre su alma a la sonrisa... Sólo que al occidental siempre le será difícil penetrar hasta dónde sonríe su sonrisa. [...] Pero, con perdón mil veces de los puros y abstrusos estetas que con luz tan sideral iluminan hoy día el universo del saber, en la traducción de estos diálogos nada nos ha interesado más que reflejar fielmente la intención del escritor, ya que a nuestro entender se trata de una obra de prosaica experiencia de vida y no de dulce ensoñación poética. Los campos en que brotaron estas yemas de bambú parecen haber sido las tierras pantanosas donde madura el arroz, no los prados celestes de la luna.*

REGINO PEDROSO



Excmo. Ayuntamiento de Carmona

26

COLECCIÓN PALIMPESTO